



***Dejar que se nos  
estremezcan las entrañas***

## Índice

<b>Presentación</b>	<b>3</b>
<b>Retiro</b>	<b>5</b>
<b>Formación</b>	<b>14</b>
<b>Comunicación</b>	<b>18</b>
<b>Vida salesiana</b>	<b>21</b>
<b>Claroscuros</b>	<b>22</b>
<b>Pastoral Juvenil</b>	<b>26</b>
<b>La Solana</b>	<b>39</b>
<b>El Anaquel</b>	<b>45</b>
<b>El Anaquel: Jubileo de la Misericordia</b>	<b>55</b>

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ [forum@salesianos.es](mailto:forum@salesianos.es)

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura y Xulio César Iglesias.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

# 🎯 Presentación

## *Dejar que se nos estremezcan las entrañas*

### **Redacción**

Este nuevo número de Forum.com llega en el Jueves Santo del año de la misericordia, al concluir el Capítulo Inspectorial. La celebración de los Misterios Santos en estos días estimulan especialmente nuestra actitud misericordiosa, a la vez que reafirman y dan luz, a los compromisos capitulares. Xavier Quinzá, en el texto que proponemos como retiro de este mes nos ayuda a comprender la hondura de los misterios pascuales: “Esas heridas abiertas en el cuerpo de Jesús son también las huellas de la pasión del mundo, de lo que aún le falta al cuerpo de la Iglesia para recorrer el camino de su Señor. Una piedra de sepulcro no ha podido retener aquella fuerza infinita de amor. Jesús ha resucitado. Y le encontraremos cada uno en nuestra “Galilea”: en nuestro lugar de trabajo, de comunidad fraterna, de vida testimonial y compartida”.

Galilea es nuevo punto de partida para la comunidad del resucitado que ya vivió allí los inicios del discipulado y los elementos clave de la propuesta del Reino de Dios. Es el nuevo escenario en el que descubrir la luz que los discípulos deben ofrecer al mundo. O volviendo al texto del retiro: “La mañana es el fin de la oscuridad de la noche, es el alba del reconocimiento de las cosas: en la primera creación la luz fue la criatura nueva en un mundo de caos. Lo primero fue la luz: el esclarecimiento de lo confuso y caótico, la iluminación del perfil de todo lo bueno creado por Dios para los hombres. Y en el día de la liberación, a la salida de Egipto, la luz del día mostró la formidable victoria del poder de Dios sobre los opresores del pueblo hundidos en el mar revuelto”.

La celebración del Capítulo Inspectorial, ahora que ya podemos comenzar a notar sus frutos, es una vuelta a Galilea y otear el horizonte de la Inspectoría. Es también camino de Emaús, a recorrer con Jesús y los jóvenes: “Lo que hizo Jesús, al que reconocieron al final en el desconocido, fue ayudarles a recordar todo lo que les había sucedido, a reconocer su torpeza y frialdad de corazón, a volver los ojos de una

manera nueva a los lugares transitados de su historia, a las fuentes de reconocimiento de su comunidad de memoria”, nos dice Quinzá.

Contemplar la Pasión y Resurrección de Jesús, contemplar nuestra inspección y nuestro mundo es “Dejar que se nos estremezcan las entrañas”. A ello nos ayuda, también, el mensaje del aguinaldo que analizamos en la sección de formación, las reflexiones de “claroscuros” que tratan estimular nuestra sensibilidad mística, la lectura contemplativa de los textos bíblicos en los que Dios se muestra plenamente misericordioso. Las sección de comunicación y de pastoral juvenil nos ayudan a entender cómo ser comunicadores y transmisores de la misericordia total de Jesús que se nos muestra entregado “hasta el extremo” al plan de Dios.

¡Buena Pascua!

## *Actos de compasión Volver a contemplar la Pasión del Señor*

**Xavier Quinzá (Revista VR)**

### **“Enséñame el Padrenuestro...”**

-“Enséñame el Padrenuestro. He querido rezarlo, pero no me acuerdo...” El que así me hablaba era Angelote, un muchachote grande con mirada de niño y el vientre hinchado que me miraba fijamente desde la cama del cuarto piso del Ramón y Cajal. Antiguo drogodependiente, con el hígado deshecho, porque se había metido de todo en el cuerpo, con algunos líos judiciales, y afectado por el VIH en cuarta fase, o sea con muy poco tiempo de vida por delante.

Me quedé un instante mirando sus ojos teñidos de amarillo, que irradiaban como otras veces una dulzura casi infantil, le tomé la mano y le dije:

-Y, ¿para qué quieres aprender ahora el Padrenuestro, Angelote?

- Porque así, cuando me muera podré rezarlo y no sufriré tanto.

Lo decía con ese candor sencillo que la mala vida no había podido arrebatarse. Y también con un poco de picardía. Sonriéndome, añadió:

- Si no, cuando llegue allá arriba, ¿qué voy a decirle?

- Tú no tendrás que decirle nada, - le contesté para tranquilizarle - Él te lo dirá a ti.

- “¡Eso! -sentenció- ¡y yo me voy a quedar callado...!”

Se lo enseñé. Lo repetimos una y otra vez como quien aprende algunas frases hechas en inglés para poderse valer al bajar del avión y no hacer el ridículo. Pero a medida en que íbamos repitiendo las mismas palabras de Jesús, me iban quemando por dentro hasta humedecerme los ojos. Y se me iba desvelando poco a poco un misterio muy hondo que ningún libro de teología había sido capaz de mostrarme.

Angelote me mostraba el rostro más escondido y tierno de Dios. El padre al que se le estremecen las entrañas cuando ve a su hijo a lo lejos, y corre a cubrirlo de besos. Me

sentí tan extrañamente conmovido de que hubiera podido intuir que sólo con las mismas palabras de Jesús podemos hablarle a Dios, que ahora, cada vez que lo rezo me parece que estoy haciéndolo con su voz y su sufrimiento callado. Siento que me enseñó él el sentido de las palabras, como si hasta ese momento yo jamás lo hubiera dicho bien. Fue Angelote el que me enseñó a mí a rezar el Padrenuestro y no yo a él.

De aquella recaída se recuperó. Pero cuando murió, sin molestar a nadie, algunos meses más tarde, yo no estaba a su lado. Y pensé que el haber convivido con él algún tiempo, el último de su vida, habría sido para mí un gran regalo. Lo que los entendidos no comprenderán nunca, lo que los profesores no sabemos mostrar, se les ha desvelado a los sencillos. Y me alegré por la vida de Angelote, y por el mucho amor que Dios le dio y por la frescura de su corazón con que supo contagiarnos a todos.

### **Rasgos del encuentro compasivo: gratuidad, proximidad, hondura**

El campo de la compasión es el encuentro personal. Cuando dos seres humanos deciden romper las barreras que les aíslan y salir hacia el otro. En el encuentro se establecen relaciones que cambian las posiciones de salida, unos y otros nos intercambiamos nuestros lugares vitales y las claves de la existencia quedan reforzadas. Ahí es donde se abren espacios a la compasión.

El primer rasgo del encuentro compasivo es la gratuidad. Nunca tenemos nada que ofrecer a cambio. No se genera una situación de beneficencia o de patronazgo. Se da porque sí. Muestra un “exceso” de amor, que no se mide. La compasión no brota necesariamente del desinterés, pero lleva siempre a él. No es nunca una actuación necesaria, sino libre. Siempre podemos “pasar de largo”.

Otro rasgo del encuentro compasivo es la proximidad. Tocar, ver, acercarse, dejarse afectar, son requisitos de la compasión. Superar las barreras de la indiferencia, de la falta de atención. Se trata de acercarse, de establecer relaciones de “proximidad”, de proximidad. Próximo es el que se acerca. El contacto siempre es sanador. En los evangelios, en los que el contacto con Jesús y los enfermos es tan frecuente, es sanador. Si hay contacto, hay salvación.

Hacer nuestro el sufrimiento ajeno comunica energía liberadora. No se está a la espera del otro, se corre hacia él, se acerca uno al caído, lo veda, lo monta, lo lleva a la posada, lo vela... y vuelve a por él, como el buen samaritano. La distancia los ha hecho extraños, la cercanía, el abrazo les devuelve a su puesto: hijos, amigos, amados, festejados...

Y el tercer rasgo del encuentro compasivo es la hondura. Entramos a compartir la herida más profunda de la otra persona. Nos hacemos capaces de asomarnos al abismo esencial de lo que el otro es. Sólo se puede amar lo que tiene misterio, y donde hay misterio hay hondura. No podemos disponer de la otra persona, pero podemos pedirle que nos deje entrar adentro.



Como Jesús, que llega hasta el fondo del dolor de aquella viuda y toca su herida abierta: la muerte de su hijo único. O como va llevando a la samaritana en un proceso de profundización de su sed más honda, no la que le lleva a pedir del agua material, sino del agua viva. Jesús establece el diálogo con las personas heridas, él mismo despojado, limpio.

### **Dejar que se nos estremezcan las entrañas**

Las historias de compasión son historias que hacen temblar el alma; quiero decir temblar no de frío, ni de miedo, sino que algo en lo más interno se mueve, levemente, pero se mueve. Pero esto nada más ocurre cuando las vives en propia carne, porque si eres mero espectador resultan sin más una breve alteración emocional que, a veces, se traduce incluso en algún escupitajo verbal.

Las historias de compasión son heridas sin restañar y tienen esa extraña capacidad de nostalgia propia de la pasión, que cuando se ha experimentado, se añora. La compasión es una especie de dolencia que se torna necesaria porque se adentra y te reclama desde dentro. Es entonces cuando te tiembla el alma. Y ese temblor del alma es como una revelación íntima de la pasión de Dios.

La oración y la compasión son como hermanas, nacen del mismo vientre. Cubiertos por la sombra del Compasivo, como María, sacudidos por su irrupción irresistible, abrimos los labios y pronunciamos un gemido de súplica, un grito de rabia, un clamor de redención, un canto por la salvación que se anuncia. Y entonces sí, entonces oramos.

En mi contacto con los enfermos y sobre todo marginados, he descubierto que la oración no es una actividad para hacer cuando me levanto por las mañanas, ni una práctica ascética que se puede aprender con ejercicios, ni mucho menos aún es un saber, un disponer de algunas palabras conocidas para dirigirlas a la divinidad.

Orar es una conmoción interior, un estremecimiento, un éxtasis de las entrañas. Si no hay sobrecogimiento no puede haber acceso al misterio de la vida, no se nos abren las orejas del corazón. Orar es dejar que la vida nos despierte el deseo, nos altere la sensibilidad, nos introduzca en un estado diferente, nos cambie. Orar es dejar que se nos estremezcan las entrañas.

### **Contemplar la Pasión de Jesús: verle, oírle, tocarle**

“Yo no digo mi canción, sino al que conmigo va”. Es un consejo sabio del romancero. Cuando nos acercamos a los otros de forma compasiva se nos regala una nueva situación de diálogo. No podemos seguir leyendo la Pasión sin escucharla con él. Escuchar las historias del marginado y excluido es escuchar una voz profética que nos denuncia la insensibilidad y nos anuncia una nueva comunidad, la de los pobres del Reino.

En la contemplación atenta de la Pasión, la compasión sostiene el diálogo. Si la historia consiste, ante todo, en hablar y ser respondido, en gritar y ser escuchado, no puede haber historia allí donde los gritos nunca son escuchados ni las palabras son respondidas.

Escuchar y contemplar al Señor en su Pasión sin adueñarnos de la historia del otro, afinar el oído para acoger sus llamadas. La voz y sus modalidades: el gemido (que es un leve susurro de sufrimiento, un lamento sordo, avergonzado, casi imperceptible), el grito (de auxilio ante una gran necesidad, de protesta íntima ante la injusticia, de liberación...) el clamor (es una voz coral, de muchedumbres hambrientas y sin hogar, huyendo de la violencia...) el canto (como salmo, como voz de ánimo, como “vientos del pueblo”) que nos alientan en el camino, en la marcha colectiva, en la celebración...

En medio de nuestras ocupaciones y negocios nos aparece el hermano Jesús despojado, desnudo y maltratado al borde del camino. Se nos hace presente desde su despojo y su soledad mortal. Podemos seguir nuestro camino o detenernos. Podemos seguir meditando o detenernos a socorrerle: a vendar sus heridas, a cargar con él, a velarlo en la noche...

Entonces, debemos examinar nuestros rodeos de la compasión: como los otros personajes del relato tenemos siempre buenas razones para no acercarnos al que está al borde del camino. Se trata de acercarnos, caminar hacia los márgenes, superar los miedos, la insensibilidad.

La llamada a la fraternidad tiene su propia urgencia, moverse a compasión, caminar hacia donde están los que nos necesitan. El nuevo estilo al que somos llamados: reemplazar la insensibilidad por la compasión. Y de este modo descubrir la fuerza curativa del acompañamiento.

Es el desafío último que pueden recibir muchos excluidos como Jesús para recuperar su energía personal y crear otra práctica. Entender la propia vocación como un ejercicio de compañía. La historia de aquel que se mueve a compasión es la narración de un desarraigado que huye de los lugares normales y apropiados mientras sepa que aún hay hermanos que lloran.

### **Ver en la Pasión la preferencia del amor**

Pero, además, contemplar la Pasión nos abre al Reino no como tarea, sino como oportunidad. Porque ahí comprendemos que lo extraordinario puede acaecer en nuestra vida. La fuerza compasiva de la contemplación, que no es arrolladora, necesita la colaboración humana, y se desarrolla en prácticas concretas, pero las desborda. Es vivir la ocasión de nuestra vida, abrirnos al otro y resucitar.

Por eso la mirada compasiva tiene siempre algo de escándalo, porque nos pone en evidencia. A nuestro corazón se le señala un lugar de ensanchamiento, una nueva



oportunidad de respirar el aliento del amor. Es una voluntad decidida de cambiar la inercia, de revolucionar la vida, de volver al revés el cuenco del corazón, que siempre espera encontrar correspondencia, llenarse del amor del otro y es invitado a salir de sí y derramarse compasivamente sobre el sufrimiento sentido.

Pero, sobre todo, la compasión nos hace vivir la preferencia del amor. El amor es siempre una cuestión de preferencia. Y la invitación de Jesús a ser compasivos “como vuestro Padre es compasivo”, nos señala un lugar de la preferencia del amor de Dios. Por eso la compasión cristiana es siempre una experiencia mística. Amamos desde el mismo hontanar de Dios que se compadece de toda criatura. El ideal del yo se irrita cuando descubre el amor carente, débil, imperfecto.

Pero la compasión nos cambia la mirada y nos fuerza a ir de ellos a nosotros. “¡Ámame, como puedas amarme!”, es decir, desde la misma pobreza amada, reconocida, no como nos gustaría ser amados. El amor se despliega entonces como una fuerza intransitiva (¡hasta a los enemigos!). Porque ese amor compasivo es del Padre y no nuestro. Su amor es el agua que mueve la noria (que somos nosotros) y es, a la vez, la misma agua, con la que podemos amar al otro. Por eso la compasión nos muestra siempre la Compasión de Dios.

### **Reconocerle es ver su sufrimiento con el corazón**

Reconocer es ver con el corazón: es una calidad del amor. Es ver lo mismo, pero con otros ojos, los de una fe iluminada. Es comprender, caer en la cuenta que los signos nos hablan con su ausencia: la tumba, las vendas, el alba.

En la mañana, aún está oscuro: también en el corazón de los que buscan: las mujeres, Magdalena, Pedro. Todos ellos parecen desconcertados porque no encuentran el cuerpo del Señor. “Nos han asustado diciendo que han tenido visiones...” (Lc 24) Todo son lágrimas, corridas de Jerusalén al sepulcro, agitación.

Pero a Él no lo encuentran, porque están buscando un cadáver y Jesús no lo es. María de Magdala se queda llorando a la entrada de una tumba que ya no acoge sino el silencio. Y los ángeles traen una noticia sorprendente: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”(Lc 24, 6).

Pedro también se queda extrañado ante lo sucedido. Sólo Juan al ver las vendas por el suelo, creyó. Porque, como María, su fe había estado vigilante y solidaria acompañando a Jesús hasta el final. Si no nos hemos identificado con el camino de la cruz no podemos reconocer al crucificado... ¡que está vivo! Para reconocerle hace falta caer en la cuenta que “era necesario que el Mesías sufriera para entrar en la Gloria” (Lc 24, 26).

Las primeras palabras que necesitamos escuchar para sorprender la vida en la muerte son éstas: “No temáis...” Temer a la muerte es concederle un poder excesivo sobre nuestras vidas. Mirar el sufrimiento como un camino, como un pasaje, no como un

obstáculo. Así es como podemos reconocer la vida que brota de la entrega, del amor hasta el extremo. Y donde amanece la resurrección, el temor se vacía, se aparta del corazón y de los ojos. La paz del corazón es el gran regalo del resucitado.

También escuchamos una indicación severa sobre nuestra manía de buscar lo importante donde no está: de buscar el amor donde no está, la verdad donde no está, la vida donde no está. Es un modo de hacernos reflexionar sobre lo inútil de muchas búsquedas que se obsesionan con la meta sin preguntarse por el camino. Jesús es la vida, entregada, agradecida, regalada desde el amor de los hermanos, desde el apoyo fraterno, desde la mirada de consuelo y de ánimo.

El reconocimiento sólo se hace posible si el mismo Espíritu de Jesús nos limpia la mirada, nos devuelve la identidad perdida. María Magdalena busca a quien le está buscando a ella. A quien pone en su corazón el mismo deseo del encuentro y el abrazo. Por eso el nombre dicho “María” es la señal definitiva, la única que nos puede abrir las puertas del amor y la vida.

### **El Espíritu es quien nos mueve a compasión**

Jesús aparece en el Evangelio conmovido interiormente siempre que ora a su Padre. Delante de aquellos niños que le provocan una revelación misteriosa del saber de Dios, o ante la tumba de su amigo Lázaro, o aún más fuertemente, en la oración del Huerto, Jesús ora cuando se siente afectado internamente, cuando los sentimientos se le alteran, cuando el sufrimiento de los demás le hace estremecerse profundamente.

La súplica, o la acción de gracias vienen provocadas por ese estremecimiento, es una respuesta a esa conmoción interior de las entrañas.

La acción del Espíritu, que es el único que puede orar en nosotros, nos alcanza desde dentro de nosotros mismos al hilo de la historia de nuestros deseos y en el corazón de nuestras capacidades.

Él es quien nos mueve a compasión y quien hace resonar esa oración callada, que no se puede decir. Son sus gemidos los que escuchamos nacer en nuestro interior, en el hondón de nuestra alma, porque la creación entera está de parto, siempre a punto para alumbrar de nuevo la Compasión de Dios.

Sentir la compasión es dejar que se nos estremezcan las entrañas. Es un proceso largo que tiene sus momentos: en primer lugar se trata de ver, de tomar contacto por medio de los sentidos corporales con la realidad del sufrimiento o indefensión del otro con quien queremos encontrarnos.

Entonces es cuando experimentamos la conmoción interior, la sacudida, el movimiento oracional que nos señala que es el mismo amor compasivo del Abbá lo que sentimos. Y desde ahí nos movemos a actuar: acogemos esa herida abierta, nos ponemos en marcha, abrimos un proceso que el otro asume y prosigue. Si no, no

podemos hablar de una verdadera compasión. La compasión no queda infecunda, mueve a actuar.

### **“¿No ardía nuestro corazón por el camino?”**

Dos amigos, que abandonaban decepcionados Jerusalén, hicieron una vez la increíble experiencia de que alguien escuchara atentamente la historia de sus perdidas ilusiones, la historia de su fracaso.

Lo que hizo Jesús, al que reconocieron al final en el desconocido, fue ayudarles a recordar todo lo que les había sucedido, a reconocer su torpeza y frialdad de corazón, a volver los ojos de una manera nueva a los lugares transitados de su historia, a las fuentes de reconocimiento de su comunidad de memoria.

Dejarnos afectar por las historias de los demás, sobre todo de los marginados de nuestra sociedad, puede ser un modo muy actual y sanador de dejarnos transformar por ellas y de descubrir, al fin que, quizá sin pretenderlo, nos están prestando su mirada.

Al desaparecer la distancia entre ellos y nosotros se produce una metamorfosis real: se cambia la situación para ambos. Para los marginados y excluidos, porque son reintegrados a una comunidad de escucha y acogida. Para nosotros, porque se nos devuelve un corazón en ascuas y se nos revelan los lugares del reconocimiento: lo dañado, olvidado, frustrado y excluido como ocasión de salvación con los otros, desde el Reino, que es una vinculación nueva con los más pobres.

### **A la luz de la mañana: “¡Id a Galilea: allí le veréis!”**

La mañana es el fin de la oscuridad de la noche, es el alba del reconocimiento de las cosas: en la primera creación la luz fue la criatura nueva en un mundo de caos. Lo primero fue la luz: el esclarecimiento de lo confuso y caótico, la iluminación del perfil de todo lo bueno creado por Dios para los hombres. Y en el día de la liberación, a la salida de Egipto, la luz del día mostró la formidable victoria del poder de Dios sobre los opresores del pueblo hundidos en el mar revuelto.

En la noche fue la huida, el desconcierto, el combate con las fuerzas del mal, y la mañana trajo la seguridad de la victoria, la alegría del canto y de las danzas de victoria. Por eso el caer de las vendas es un signo de liberación, es el desatarse de las ligaduras de la opresión y de la muerte.

La Pascua es liberación, y el primero sacado de la fosa es Jesús el Justo, el Siervo, el Profeta. El que era Maestro y Señor se despierta desligado de su cuerpo mortal para acceder a la glorificación de un cuerpo transformado. Y, junto a él, todos nosotros somos pueblo liberado para siempre.

Pero, con todo, Jesús conserva en su cuerpo glorioso las huellas de la tortura. Sus manos y sus pies, su costado siguen marcados por el suplicio de la cruz. El resucitado

es el crucificado Vivo. No hay renovación sin que se queden impresas las marcas de la entrega. No se puede olvidar lo vivido, querer dejar atrás la cruz, como si solamente hubiera sido obstáculo y no camino de glorificación definitiva.

Esas heridas abiertas en el cuerpo de Jesús son también las huellas de la pasión del mundo, de lo que aún le falta al cuerpo de la Iglesia para recorrer el camino de su Señor. Una piedra de sepulcro no ha podido retener aquella fuerza infinita de amor. Jesús ha resucitado. Y le encontraremos cada uno en nuestra "Galilea": en nuestro lugar de trabajo, de comunidad fraterna, de vida testimonial y compartida.

### **En las entrañas del corazón de Dios**

*¡Dios que rompes las ataduras de la muerte! Amor de Dios y amor de hombre, eres el amor oculto, porque eres el amor herido.*

*Tu corazón tiene una grieta como la peña del monte Horeb, donde se esconde Moisés para contemplar tu gloria, donde Elías reposa exhausto antes de salir de la gruta y reconocerte en el susurro de una brisa tenue.*

*En el amor de tu triple Ternura hay un misterio oculto: el de la humanidad doliente que espera ser devuelta a la Vida.*

*Te contemplo con pasmo, como en un bajorrelieve que hace años se me presentó ante los ojos del corazón, al ver tu rostro luminoso.*

*Ternura como Padre que te deshaces de amor y te curvas compasivo para mantener al ser humano caído y sujetarlo por los costados.*

*Ternura como Hijo que te arrodillas ante su cuerpo deforme, y le tomas de los pies en un gesto que nos recuerda el beso después del lavatorio.*

*Y esos dos vértices de ternura compasiva se cierran por un incendio de amor ardiente en el que te haces presencia descendente del fuego de tu Espíritu.*

*Tu vuelo raudo viene a infundir la llama de la vida al que tendido entre tus brazos, y casi exangüe, está a punto de perderla.*

*De este milagro admirable, el ser humano, en su último aliento, recibe tu beso como Padre en la sien, como Hijo en los pies, como Espíritu vivificador en su corazón. Tu herida, Dios mío, es tu mismo corazón que se esconde en la humanidad doliente.*

*Desde ahora no te podremos contemplar como dulzura del Triple Amor, sin ver los efectos redentores de la encarnación: porque al asumir nuestra débil condición, y*

*hacerte como hermano nuestro carne de pecado, nos has revelado el misterio de tu corazón, escondido desde antes de los siglos: el amor oculto es un amor herido.*

*Gracias porque eres un Dios que se esconde en el Amor Frágil, el amor herido, el desarmado para siempre en comunión con nuestra humanidad derrotada, que espera y sueña una salida hacia la anchura del corazón, la única comunión verdadera que nos puede abrir a la esperanza. ¡Amén, Aleluya!*

# 🎯 Formación

*Como peregrinos recorramos juntos con Jesús y con los hermanos la aventura del espíritu<sup>1</sup>*

**Franco di Natale**

*Tenemos lo que buscamos. No tenemos que hacer nada más que perseguirlo. Siempre ha estado ahí y si le damos tiempo se nos revelará (Thomas Merton).*

*Nadie puede detenerse en su camino, porque la vida nos empuja desde dentro (C. María Martini).*

## 1. Introducción: el contexto de referencia

- La Exhortación Apostólica del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, mueve a reflexionar sobre una de las categorías más investigadas y profundizadas: la vida de los creyentes como camino, como peregrinaje hacia la patria celestial.
- La cultura actual no desdeña usar el tema del peregrinaje, en línea con la literatura clásica.
- También la cultura teológica es hoy muy atenta a la consideración del tiempo de la Iglesia caracterizado por una clara conciencia peregrinante y de una fuerte tensión escatológica.
- La misma práctica del peregrinaje debe ser releída con los criterios pastorales típicos de la Nueva Evangelización.
- El Aguinaldo del Rector Mayor indica un “camino de Interioridad y de Espiritualidad que permita vivir acompañados por el Espíritu”, un camino que

---

<sup>1</sup> Ponencia de las Jornadas de espiritualidad salesiana 2016.



ilumine para entender qué puede significar recorrer una aventura en el Espíritu, un camino que nos encuentre integrados “juntos”.

## **2. La experiencia del hombre bíblico**

Toda la experiencia de fe descrita en los textos de la Sagrada Escritura está permeada por la categoría del peregrinaje, del caminar, del hacer un viaje, del ir hacia un lugar.

### ***El Antiguo Testamento***

El camino de Adán y Eva, después del pecado primordial.

La historia de Abrahán, «arameo errante» (*Dt 26,5*).

El largo peregrinar del antiguo pueblo de Dios que se encamina por la vía del Éxodo.

La misma experiencia del peregrinaje en las tres fiestas litúrgicas más importantes del año hebraico: la Pascua, la Pentecostés y la Fiesta de las Tiendas (fiestas de peregrinación) (cfr. *2Re 23* y *Dt 16,1-17*),

### ***El Nuevo Testamento***

El prólogo de San Juan expresa la convicción de que Dios camina en medio de nosotros y guía el camino de aquellos que quieren contemplar la luz y la gloria de Dios.

El evangelista Lucas habla del gran viaje que Jesús emprende hacia Jerusalén.

El libro del Apocalipsis imagina el discipulado como un gran viaje.

## **3. La imagen pastoral y la idea del peregrinaje**

La figura bíblica del pastor que conduce en el camino, es paradigmática para la comprensión de la idea del peregrinar de discípulos.

El Dios de nuestros padres es el pastor que ha cuidado de su pueblo siempre, el Dios fiel a las promesas hechas a los Padres.

El *Salmo 23*, expresa no solo la certeza de que Dios guía su pueblo, sino también la convicción de que Dios es el salvador que preserva de los constantes peligros a que está sometido el rebaño de Dios.

El *Salmo 80* en su introducción: «Tú pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como un rebaño» (*Sal 80,1*), revela la actitud orante del pueblo de Dios, que reconoce la fidelidad de Dios y a él se confía con total abandono, mientras expresa dramáticamente la pesante situación que el pueblo está obligado a soportar. La imagen del “pastor” evoca expresamente el camino del éxodo.

*Marcos en el capítulo sexto*, después de la narración del martirio de Juan Bautista y antes de la multiplicación de los panes, expresa la compasión del Maestro que ve la multitud que lo sigue, incansablemente, a lo largo del camino. El Evangelista expresa la llegada de la hora definitiva de la salvación. Jesús, nuevo Moisés, con su palabra y el pan de la abundancia conduce el nuevo Israel a la salvación.

*En el capítulo décimo de Juan*, Jesús aplica a sí mismo la imagen del Pastor en camino con su rebaño: “Yo soy el Buen Pastor”. Los discípulos lo siguen con confiada esperanza.

## **4. Ser peregrinos hoy**

### **4.1. Perspectivas pastorales**

Numerosos autores han investigado sobre diversas tipologías de peregrinaje identificando algunas características que pueden ser sintetizadas como sigue: la voluntad de recorrer los caminos en los que se ha realizado la historia de la salvación; el deseo de celebrar las maravillas realizadas por Dios y revivirlas en el culto litúrgico o en las devociones populares; la necesidad de cumplir un camino penitencial capaz de renovar la propia vida, de revigorizar el deseo de renovación; la exigencia de ejercitar la caridad en modo simple y eficaz; la aspiración de vivir en soledad para redescubrir al Único necesario; la necesidad de vivir una experiencia de solidaridad, de comunión y de hermandad con quien sea que comparta parte del camino.

La sensibilidad pastoral de hoy sugiere algunas atenciones que la persona del peregrinaje tendrá que tener. En primer lugar la conciencia de la propia humanidad. En segundo lugar, es necesaria una clara conciencia de la meta. Además, resulta fundamental la necesidad de romper con el pasado. La necesidad de compartir aparece como una prerrogativa fundamental. Y en fin, gran importancia tiene que ser dada al momento del regreso a la vida ordinaria.

### **4.2. Perspectiva salesiana**

El tema del peregrinaje pone en relieve algunos aspectos de nuestro carisma que quisiera recordar:

#### ***La experiencia histórica de nuestro Padre Don Bosco***

Nos gusta mirar a Don Bosco no como un hombre inerte, estático, seguro de sus convicciones, sino como al hombre de la palabra dialogante, del camino tenaz aunque si bien, a veces, incierto.

#### ***La oferta de itinerarios de educación a la fe en clave experiencial***

Nuestra praxis pastoral es particularmente sensible a la proposición de caminos, itinerarios de educación a la fe.

### ***El descubrimiento de una exigencia fundamental: la apertura al misterio del trascendente, el interés por la interioridad***

Es necesario no olvidar que el peregrino mira al horizonte, contempla el absoluto, sueña, rehúye de la rigidez, de todo lo establecido y programado. El aguinaldo del Rector Mayor, según la dimensión del camino hasta aquí prospectada, nos obliga a valorizar el lenguaje simbólico, que nos permite hablar de Dios en modo experiencial, del amor; nos recuerda la necesidad de la interioridad, la certeza de que Dios habita en lo profundo de nuestro corazón. Se abre un camino que se concluye con el encuentro con Dios y que nos recuerda la necesidad de ser testigos coherentes.

### ***La dimensión comunitaria de nuestra fe de discípulos en camino***

Es preciso no olvidar que el peregrino descubre “hermanos”, “compañeros de viaje” que no son de su sangre: son hermanos de fe y de sueños, hace experiencia no de una fraternidad pasiva, inconsistente, sino de una hermandad por construir, de la cual apasionarse, por la cual vale la pena hacer cualquier sacrificio.

# 🎯 Comunicación

*“No somos los mejores comunicando, pero sí somos los que comunicamos lo Mejor”<sup>2</sup>*

**Ginés García Beltrán (Obispo de Guadix y Presidente de la CEMCS)**

Un año más, este Salón de la Plenaria de la Conferencia Episcopal es testigo de un acontecimiento que nos llena de alegría a los miembros de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación y a todos los que están vinculados con la comunicación de la Iglesia: La entrega de los premios ¡Bravo! en su edición 45, la cuarenta y quinta.

Es un acontecimiento gozoso porque expresa y significa el encuentro con personas que en la Iglesia se dedican a la comunicación y en la comunicación se dedican a la Iglesia; con profesionales de la comunicación que han sido premiados en anteriores ediciones; y con profesionales que sienten la alegría de ver como compañeros de la profesión periodística son premiados por su buen hacer. Es aspiración de la Iglesia ser lugar de encuentro, hogar en el que se comparten buenas noticias, y se premian las buenas acciones. Con ese deseo nos acoge hoy esta Casa de la Iglesia.

Miguel de Cervantes dice, en *El rufián dichoso*, “que al bien hacer, jamás le falta el premio”. Él mismo fue testigo de que esta afirmación no siempre es cierta: nunca recibió un premio por su buen hacer literario. Pero nosotros desde la Iglesia no queremos que ocurra esto entre quienes trabajáis en los medios de comunicación. Son muchos los premios que honran la profesión periodística, en sus distintas categorías y formatos. Desde la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación, con los premios ¡Bravo!, queremos honrar una comunicación al servicio de los demás, que pone en alta voz a aquellos que no tienen voz; que busca llevar la alegría, el entretenimiento, la verdad y el descanso a las personas. Buscamos premiar a quienes realizan este servicio en la sociedad, a quienes ofrecen motivos para continuar en el camino, a quienes encienden luces para iluminar la oscuridad, a quienes ofrecen una chispa en donde abunda la tristeza, en definitiva, a quienes dan esperanza.

La definición clásica de los medios de comunicación señala que éstos tienen como objetivo formar, informar y entretener. En ustedes, que proceden de orígenes

---

<sup>2</sup> Discurso completo de Mons. Ginés Beltrán en la ceremonia de entrega de los Premios ¡BRAVO! 2015, en la Conferencia Episcopal Española el 25 de enero de 2016.

distintos y tienen formación diversa, estos premios Bravo han premiado, precisamente, estos tres objetivos.

Mons. Celli, premio Bravo especial procede de la carrera diplomática en la Santa Sede, y desde 2007 preside el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, la institución de la Iglesia que impulsa la formación y la reflexión sobre el papel de la comunicación y su servicio al mundo. Mons. Celli nos ha honrado siempre con su cercanía y amistad. Todos somos testigos de su grandeza personal y de su buen hacer en el servicio de la Iglesia, en esta última etapa en los medios de comunicación. En el contacto directo con la actualidad informativa a pie de calle están D. Luis Manuel Fernández, como redactor en Radio Nacional de España, y D. Luis Ventoso, como corresponsal de ABC en Londres. Al servicio de la comunicación para el entretenimiento están también otros de nuestros premiados, el presentador Bertín Osborne, el P. Damián, cantante, la página web cineyfe.com y la película Francisco, el padre Jorge. Como cada año también miramos a las iglesias particulares, y cómo no detenernos este año en la diócesis de Ávila y reconocer el extraordinario trabajo que se ha realizado en la celebración del V Centenario teresiano, poniéndole rostro en su Obispo y en el de su delegada para los MCS, Auxi Rueda.

Ustedes se dedican a formar, informar y entretener. Muchas gracias. Permítanme que me atreva a ofrecerles un nuevo reto: además de cumplir esos fines tan importantes, les invito a poner su talento para alcanzar la comunión de las personas enfrentadas, la relación entre quienes piensan distinto, el encuentro con los alejados, la misericordia hacia los que sufren. En definitiva, conseguir que la comunicación sirva para la comunión entre las personas y los pueblos.

El ejercicio de buscar la verdad para ofrecerla al mundo es un ejercicio valioso y necesario para el bien común de una sociedad porque sólo en la verdad está el bien, pero en muchas ocasiones es un ejercicio arriesgado que cuesta la fama, el prestigio o la vida. A ustedes su profesión y profesionalidad les ha valido un premio, pero no podemos olvidar también en este día a aquellos compañeros suyos cuya profesión y profesionalidad les ha costado la vida. En 2015 fallecieron 63 periodistas en el ejercicio de esta profesión y por su condición de periodistas. Ellos también quisieron servir a la verdad y servir a la sociedad. Vaya para ellos y sus familias nuestro homenaje, recuerdo y oración.

El mundo de la comunicación sufre en muchos lugares persecución e incompreensión, no sólo en los lugares en guerra sino también en muchos otros sitios en los que la libertad de información está asediada por los intereses y las presiones, la corrupción o la crisis. Quienes soportan esta presión merecen también nuestro agradecimiento y homenaje. También la comunicación sufre con el engaño. La verdad es enemiga del artificio, de la mentira, de la inquina, de la difamación que en tantas ocasiones nos encontramos, también en el mundo de las comunicaciones sociales.

Gracias a Dios hay también otra cara en la moneda, a la que ustedes representan hoy: la de la comunicación que sirve a sus fines y que ayuda a alcanzar el conocimiento de

lo verdadero, lo bueno y lo hermoso. Hoy pasan ustedes a engrosar la lista de los premiados en los ¡Bravo! Pertener a esta lista no les reportará ni fama, ni riqueza, ni prestigio social. Pero en esa imagen que les hemos entregado va la admiración y el reconocimiento de la Iglesia por su buen hacer: ustedes han sabido poner, en el cauce de la comunicación social que riega esta sociedad y la vivifica, el agua que refresca, limpia, sana y fecunda. Cauces que van de la radio, la prensa y la televisión, a la música, el cine, la publicidad y las nuevas tecnologías. En cada uno de ellos han sabido volcar talento y profesionalidad, muchas gracias.

Junto a nuestro agradecimiento, ser premio ¡Bravo! implica una cierta responsabilidad. Se convierten en parte activa de una misión que les supera y que al mismo tiempo les honra: ofrecer a sus públicos verdad, felicidad y bondad. Y quedan implicados a poner en alta voz a aquellos que no la tienen: aquellos que la han perdido, o se la han quitado, aquellos cuya voz se oculta porque es distinta o discordante. La misericordia nos hace humanos, y en este año en que la Iglesia nos lo recuerda con insistencia, les invitamos a experimentar ese abismo de humanidad que hay en un corazón misericordioso. El Papa Francisco nos ha señalado también a todos los que trabajamos en la comunicación un objetivo bien claro al servicio de la humanidad. Lo ha dicho en su mensaje para la L Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, titulado Comunicación y Misericordia: un encuentro fecundo, que fue publicado el pasado viernes: “Quisiera alentar a todos a pensar en la sociedad humana, no como un espacio en el que los extraños compiten y buscan prevalecer, sino más bien como una casa o una familia, donde la puerta está siempre abierta y en la que sus miembros se acogen mutuamente”.

La comunicación es el camino adecuado para establecer relaciones de afecto y cercanía y alejarse del odio y el desencuentro. Esta Iglesia de la que formamos parte lleva 2.000 años comunicando la buena noticia. Nosotros, no somos los mejores comunicando, pero sí somos los que comunicamos lo Mejor. Y a esta misión les queremos invitar. A ustedes, que sí que comunican bien, les invitamos a comunicar lo mejor, aquello que engrandece el ser humano, lo enriquece y le permite alcanzar el fin al que está llamado: ser feliz haciendo felices a los demás. Nos unimos también a la oración del Papa Francisco: “Pido que el Año Jubilar vivido en la misericordia «nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación»<sup>3</sup>.

Para terminar, les reitero nuestra admiración por su trabajo bien hecho y nuestro agradecimiento por su servicio a la sociedad. Y a todos los presentes, el agradecimiento por haber querido compartir con nosotros este acto. Que los premios Bravo les sirvan de estímulo y acicate para perseverar en su empeño de construir un mundo comunicado por la verdad.

---

<sup>3</sup> *Misericordiae vultus*, 23.



# 🕉 Vida salesiana

## *Una oración por la paz*

**InfoANS**

Una llamada a la oración por la paz, con una intención especial por el P. Tom Uzhunnalil, salesiano secuestrado en Yemen; con motivo de la celebración del Jueves Santo.

El Rector Mayor, Ángel Fernández Artime, pide a toda la Familia Salesiana una oración mediante un video publicado en las redes sociales.

El Jueves Santo es un momento fundamental del año litúrgico. El Jueves Santo, Jesús instituyó la Eucaristía y el Sacerdocio, comenzó su pasión y finalmente fue abandonado a la voluntad del Padre. Es por esto que la Iglesia desde siempre, celebró en la vigilia momentos intensos de oración.

Por esta misma razón, mirando el dolor que existe en muchas partes del mundo “con tantas personas de diferentes religiones y confesiones, que sufren un verdadero martirio”, el Ángel Fernández Artime invita a todos “a vivir un momento muy intenso y de fe, de oración en la noche del Jueves Santo, cuando acompañemos a Jesús en el dolor y en la soledad de Getsemaní”.

“Espero sinceramente que toda nuestra Familia Salesiana en el mundo y nuestros jóvenes se unan, en diferentes lugares y en diferentes momentos, a ésta oración por la paz”, continúa el mensaje de vídeo.

El Rector Mayor habló en nombre de toda la Congregación “también nuestra cercanía y nuestra solidaridad” a la familia del P. Uzhunnalil; y mientras que asegura que sigue de cerca y con atención la situación, implora al Señor “una profunda paz para que pueda vivir en este momento confiando en el Señor Jesús.”

## *Testigos de Dios en el claroscuro de la vida El claro-oscuro de la propia fragilidad*

**Miguel Ángel Calavia**

La fragilidad es un dato de la vida, uno de sus grandes retos, una prueba de fuego para la madurez. Nuestra persona se consolida al pasar por ella o se quiebra en mil pedazos, rompiendo el bienestar y la salud, el gozo y la alegría, la libertad y la comunicación, la esperanza y el sentido de la vida, la confianza en nosotros mismos, en los otros, en el futuro de la comunidad, de la congregación, de la iglesia...

La fragilidad se presenta tarde o temprano en nuestra vida, en forma de malestar físico, psíquico, emocional, moral, religioso, comunitario; y genera pensamientos y emociones dolorosas, gestos que duelen y hacen sufrir.

Me siento frágil cuando veo que merman las propias fuerzas físicas; cuando experimento la soledad afectiva, el mal y el pecado; cuando veo la injusticia y el sufrimiento a mi alrededor; cuando mi futuro o el de la inspección aparecen teñidos de incertidumbre...

La fragilidad, propia o ajena, con todos sus perfiles, conforma el claro-oscuro de la vida; y también en y desde ella somos invitados a ser testigos de Dios.

### **1. Un primer tratamiento de la fragilidad: necesario, aunque insuficiente**

Ante la fragilidad no podemos cerrar los ojos, o reaccionar con la evasión o con compensaciones del signo que sean. En su tratamiento pueden ayudar los siguientes pasos:

a) *Reconocerla*. Llamarla por su nombre, identificarla, saber en qué consiste: si es una fragilidad física, psíquica, existencial, religiosa, vocacional, etc.

b) *Dialogar sinceramente con ella*. Saber de dónde viene y adónde va, de qué nos habla o avisa. Cada perfil de la fragilidad es un *mensaje* de algo o alguien que no va bien. Es importante escuchar este mensaje para hacer de la fragilidad un sabio ejercicio de aprendizaje. En este campo, como en otros (sufrimiento, frustración...), tendemos a eliminarlo antes de enterarnos de su mensaje; o intentamos evitarlo o huir de él,

sofocándolo momentáneamente, sin prestar atención al hombre o la mujer que la experimenta y al ambiente vital que la produce.

c) *No convertir la fragilidad en sufrimiento* Frecuentemente convertimos la fragilidad, del tipo que sea, en sufrimiento, augurándole una duración desproporcionada o una gravedad desconocida y amenazante. Por eso es necesario interpretar la fragilidad correctamente sin aumentarla ni darle más poder del que ya de hecho tiene. La fragilidad puede debilitar un aspecto de nuestra vida, el sufrimiento deteriora la persona entera.

d) *Responsabilizarnos de ella.* No debemos proyectar hacia fuera las causas o manifestaciones de la fragilidad, cuando nuestro modo de vivir es protagonista o cómplice de ellas. Responsabilizarme de la fragilidad no es sentirme culpable de ella, lo que aumentaría el sufrimiento; sino pensar y discernir qué puedo hacer, qué ayuda puedo pedir para tratarla de una manera correcta, sin acallarla o anestesiarla.

e) *Liberarnos de ella sin causarnos ni causar males peores.* Se trata de afrontar la fragilidad sin cambiarla de sitio o por otro realidad y sin destruir el rostro humano de la vida. Podemos, indirectamente, liberarnos de ella o al menos disminuirla, haciendo crecer nuestros recursos personales, nuestros valores, no sólo la capacidad de resistencia, sino la magnanimidad ante ella.

f) *Madurar en ella o a pesar de ella.* Reconocer que somos más grandes que la propia fragilidad. Esto no es una frase optimista, sino el realismo de aquel que se sabe poseedor de recursos no estrenados, más grandes que el propio dolor. Y nuestra capacidad de amar puede, si no paliar nuestro dolor, al menos, abordarlo de tal forma que permanezcamos vivos en circunstancias en las que otras personas se derrumban existencialmente.

## 2. Y Dios... ¿qué lugar ocupa en todo esto?

La respuesta al claro-oscuro de la propia fragilidad no puede abordarse solamente desde recursos e intervenciones psicológicas o pedagógicas como las descritas anteriormente, que sin duda son importantes. Como cristianos y consagrados, somos invitados a asumir y vivir esta realidad, sobre todo, desde la fe y el discernimiento evangélico, y a preguntarnos cómo ser testigos de Dios en y desde la propia fragilidad.

Esta aproximación creyente conlleva realizar el discernimiento evangélico siendo conscientes de lo que Dios significa en nuestras vidas, y hacer creíble nuestro testimonio, asumiendo nuestra debilidad e incluso nuestro pecado..

Ser conscientes y hacer creíble que:

a) *Dios se ha encarnada en la debilidad y fragilidad de la condición humana.* A veces damos la impresión, por nuestra manera de pensar y de actuar, de no asumir del todo lo que implica el misterio de Encarnación como perspectiva nueva de la relación

Dios-hombre. Sería buena recordar con frecuencia lo que representa en nuestro camino de fe y en nuestra misión, el hecho de que Dios ha asumido nuestra condición humana en Jesús de Nazaret. En Jesús de Nazaret, Dios se ha manifestado con su amor y salvación, asumiendo la limitación y pobreza de toda palabra y gesto humanos.

Eso quiere decir que a la hora de asumir y vivir nuestra condición de mediadores de la salvación de Dios, o en nuestro lenguaje salesiano, ser signos y portadores del amor de Dios entre los jóvenes, no se nos pide la plenitud de facultades, o una personalidad arrolladora, sino la respuesta confiada y comprometida al plan de Dios desde lo que somos y podemos. Recordemos las palabras de Pablo teniendo delante la comunidad de Corinto: *Mirad quién habéis sido llamados...Dios ha escogido lo débil para confundir a lo fuerte...*(1 Cor 1, 26-29)

b) *Todas nuestra fuentes están en Dios.* El verdadero creyente tiene la experiencia de que Dios es el centro de la propia vida, y no algo superficial o anecdótico. Pero tenemos que confesar que no siempre es así. La rutina hace que Dios acabe siendo un añadido más a nuestras propias posibilidades, y su presencia salvadora en nuestra vida y misión ocupa un lugar periférico junto a otras muchas salvaciones, intereses y preocupaciones.

Semejante situación apenas nos inquieta, incluso la vivimos como algo normal; sobre todo cuando las cosas nos van aparentemente bien. Pero no sucede lo mismo cuando comenzamos a experimentar la limitación y la fragilidad del tipo que sean. Entonces nuestra vida de fe entra en crisis y la relación con Dios empieza a ser cuestionada. Y no se trata de acudir simplemente a Dios como solución de todos nuestros males, sino de hacer nuestra la experiencia del creyente bíblico: *Todas nuestras fuentes están en Ti* (Sal 87,7), la fuente de nuestra manera de pensar, de mirar, de hablar, de escuchar, en definitiva la fuente de nuestra vida. Y recordar continuamente que Dios es la fuente *que mana y corre aunque es de noche* (San Juan de la Cruz). O como tantas veces cantamos en el Oficio divino, creer de verdad que *No hay brisa si (Tú, Dios) no alientas, monte si no estas dentro, ni soledad en que no te hagas fuerte...*

c) *Dios nos visita cada día con su amor gratuito e incondicional.* Suena de forma cada vez más insistente la necesidad de personalizar la fe, de vivir un cristianismo “vocacionado”; lo que implica vivir la fe no solo desde la emotividad, sino desde la conciencia lúcida de lo que significa ser cristianos en la cultura actual.

Esta conciencia debe estar siempre presente en nuestro camino de fe, pero de manera especial cuando la limitación y la fragilidad aparecen en el horizonte de nuestra vida. Los sentimientos y las preguntas se disparan cuando fallan las fuerzas; es en esta situación cuando debemos ser más conscientes del eje fundamental de nuestra fe, de que Dios nos visita cada día con su amor gratuito e incondicional. Experiencia fundante que hace creíbles afirmaciones de la Escritura difícilmente

asumibles desde una relación superficial con Dios: *¿Quién podrá separarnos del amor de Dios?* (Rom 8, 31-39).

d) *El tesoro del Reino lo llevamos en vasijas de barro.* Inmersos en una cultura de lo útil, en la que los frutos de la actividad social están en función de una buena preparación y programación, o son patrimonio de los fuertes (*la ideología del conquistador*), cuesta creernos que la semilla del Reino crece sin que sepamos cómo (Cf. Mc 4, 27), y nosotros somos simples colaboradores a la hora de plantar, regar y coger el fruto. Y para salir al paso de cualquier tentación de vanagloria, reivindicación o mérito, es bueno que recordemos que este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, quebradizas y percederas (Cf, 2 Cor 4, 7), y asumamos que el dinamismo del Reino pide nuestra colaboración, pero su fuerza viene de Dios...

La credibilidad de nuestra colaboración no está tanto en la perfección de lo que hacemos, sino en la óptica o perspectiva desde la que vivimos y actuamos.

Se trata en el fondo de creernos que *aunque nuestro exterior va decayendo, lo interior se renueva día a día* (Rom 4,16)

### **Para la reflexión personal y diálogo de la comunidad**

1. *¿Soy consciente de mis propias debilidades? ¿De qué tipo son? ¿Las vivo como una oportunidad o un impedimento en mi relación con Dios, y a la hora de ser testigo creíble de su amor?*
2. *¿Cómo interpreto y vivo aquello de San Pablo: “Cuando soy débil, es cuando realmente soy fuerte” (2 Cor 12,10)*
3. *¿Qué debilidades vemos en la vida y misión de la comunidad? ¿Las afrontamos como oportunidad para crecer en la vida de fe y en el seguimiento de Jesús? ¿O son solo motivo de pesimismo y desafección sobre nuestra vida y testimonio comunitarios, y sobre el futuro de la inspección?*

# 🎯 Pastoral juvenil

## *Por una pastoral juvenil de la misericordia*<sup>4</sup>

**Equipo Misión Joven**<sup>5</sup>

Hace un año dedicamos un artículo de *Misión Joven* a hablar de una “Pastoral Juvenil de la sanación y de la reconciliación”<sup>6</sup>. Este artículo continúa, en cierto modo, aquel e intenta añadir nuevas perspectivas. En el número de *Misión Joven* citado hablábamos de las muchas heridas que en nuestro mundo necesitan curación.

Podría ser que no nos consideremos capaces de curarlas. O que no nos sintamos lo suficientemente buenos para ello. A muchos jóvenes les suele pasar. Una buena respuesta es la que nos ofrece el final de la primera temporada de una de las series de éxito en 2014, *True Detective*. Dos ex-policías, cuya vida personal está muy lejos de ser ejemplar por diversos motivos, resuelven el caso de unos terribles asesinatos en serie, y uno comenta, mientras contempla la noche estrellada: “*En el mundo hay demasiada oscuridad. Nosotros mismos tenemos en nuestro interior más oscuridad que luz. Pero mientras estamos en esta vida, debemos hacer lo que podamos para que haya un poco de luz*”. Nosotros llamamos *misericordia* a esa poca luz que podemos aportar.

### 1. “Aprendamos a llorar”

La palabra *misericordia* “viene de *miserere*: compadecerse por un infeliz (*miser*, desdichado, miserable), y de *cor*: tener corazón por los aplastados por la vida. Y significa abrirse a sus necesidades desde las mismas entrañas”<sup>7</sup>.

Nuestro mundo presenta múltiples heridas, que hay que curar, como dice el papa Francisco, “como en un hospital de campaña”. Un buen ejemplo nos lo ofreció él mismo el pasado 18 de enero en su viaje a Filipinas. Una niña de 12 años, Glizelle, que vivió en la calle y sufrió explotación, le dirigió entre sollozos esta tremenda

---

<sup>4</sup> Texto publicado en la revista *Misión joven*, en el número especial dedicado al año de la misericordia.

<sup>5</sup> Texto de Ana Sarabia, Álvaro Ginel, Koldo Gutiérrez y Jesús Rojano, miembros del Consejo de Redacción de *Misión Joven*. Los autores ofrecen criterios para fundamentar la importancia decisiva de la misericordia y de la caridad pastoral, y describen algunas actitudes y consecuencias prácticas para la pastoral juvenil.

<sup>6</sup> Cf. J. Rojano, *Una pastoral juvenil de sanación y reconciliación: “He venido a sanar y curar...”*, en *Misión Joven* 446 (marzo 2014), pp. 25-32.49-52.

<sup>7</sup> G. M. Otalora, *Compasión y misericordia*, Madrid, san Pablo, 2014, p. 76. Cf. también W. Kasper, *La misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander, Sal Terrae, 2012.



pregunta, en nombre de los niños y mujeres marginados: “¿Por qué Dios permitió todo esto, si los niños no somos culpables? ¿Por qué tan poca gente nos ayuda?”



Recomendamos mejor *ver* la impactante escena de las palabras de la niña, el abrazo con el Papa y la respuesta de éste, más adelante<sup>8</sup>. Esas imágenes son la misericordia en acción. El Papa apartó el discurso que llevaba preparado e improvisó esta respuesta: “Sólo cuando somos capaces de llorar ante tu pregunta – “¿por qué sufren los niños?”– podemos entender algo. Existe una compasión mundana, que no nos sirve para nada. Una compasión que a lo más nos lleva a meter la mano en el bolsillo y dar una moneda. Si Cristo hubiera tenido esa compasión hubiera pasado, curado a tres o cuatro, y se hubiera vuelto al Padre. Solamente

cuando Cristo fue capaz de llorar, entendió nuestros dramas. Al mundo de hoy le falta llorar. Lloran los marginados o los dejados de lado. Pero los que llevamos una vida más o menos sin necesidades no sabemos llorar. Ciertas realidades de la vida solo se ven con los ojos limpiados por las lágrimas. Yo, ¿aprendí a llorar cuando veo un niño con hambre, un niño drogado en la calle, un niño que no tiene casa, un niño abusado o usado por la sociedad como esclavo? ¿O mi llanto es un llanto caprichoso del que llora porque le gustaría tener algo más? Os invito a preguntaros: ¿Yo aprendí a llorar? Aprendamos a llorar, como ella [señala a la niña] nos enseñó hoy, la gran pregunta la hizo llorando. Y la gran respuesta que podemos dar nosotros es aprender a llorar. Jesús lloró por el amigo muerto, lloró en su corazón por la familia que perdió a su hija, cuando vio a esa madre viuda que llevaba a enterrar a su hijo, y cuando vio a la multitud como ovejas sin pastor. Si no aprendes a llorar, no eres un buen cristiano. Que nuestra respuesta sea el silencio o la palabra que nace de las lágrimas. Sean valientes y no tengan miedo a llorar”.

Y aquí podríamos cerrar tranquilamente nuestro artículo, pues lo importante está dicho. Intentaremos que lo que sigue no haga olvidar eso verdaderamente importante: aprender a llorar (y, desde ahí, actuar) ante las heridas de tantas personas aplastadas y machacadas.

## 2. La misericordia en la acción pastoral

La misericordia y la compasión siempre han estado presentes en la acción pastoral de la Iglesia. En virtud del dinamismo que brota de la misericordia y de la compasión algunos creyentes en Jesús crearon hospitales, escuelas, universidades, casas de acogida, y se implicaron en arriesgadas misiones. Hoy, por ese ese mismo motivo, algunos creyentes en Jesús comprometen sus vidas compartiendo la suerte de

<sup>8</sup> Cf. <https://www.youtube.com/watch?v=GyzUDHnhvYc> (minutos: 18'00" a 20'22"; y 53' a 62').

refugiados, enfermos, inmigrados, desahuciados, esclavizados por adicciones o por mafias, olvidados, abandonados, solos, empobrecidos y ancianos.

La misericordia y la compasión mueven al servicio de la caridad, sacan de los espacios de seguridad donde nos instalamos, hacen que la Iglesia esté siempre en salida y nos llevan a las periferias existenciales.

## 2.1. El Papa Francisco y la misericordia

“Misericordia” es una de las palabras más repetidas en el magisterio del Papa Francisco<sup>9</sup>. Creo que es obligado hablar de su manera de entender la acción pastoral. El Papa, con palabras y con gestos, propone la misericordia como el motor del corazón pastoral de la Iglesia.

Por ejemplo, así hablaba él en una audiencia general el 2 de octubre de 2013: “En la Iglesia, el Dios que encontramos no es un juez despiadado, sino que es como el Padre de la parábola evangélica. Puedes ser como el hijo que ha dejado la casa, que ha tocado el fondo de la lejanía de Dios. Cuando tienes la fuerza de decir: quiero volver a casa, hallarás la puerta abierta, Dios te sale al encuentro porque te espera siempre, Dios te espera siempre, Dios te abraza, te besa y hace fiesta. Así es el Señor, así es la ternura de nuestro Padre celestial. El Señor nos quiere parte de una Iglesia que sabe abrir los brazos para acoger a todos, que no es la casa de pocos, sino la casa de todos, donde todos pueden ser renovados, transformados, santificados por su amor, los más fuertes y los más débiles, los pecadores, los indiferentes, quienes se sienten desalentados y perdidos... ¿Somos una Iglesia que llama y acoge con los brazos abiertos a los pecadores, que da valentía, esperanza, o somos una Iglesia cerrada en sí misma? ¿Somos una Iglesia en la que se vive el amor de Dios, en la que se presta atención al otro, en la que se reza los unos por los otros?”<sup>10</sup>

Algunos ven en este discurso una concesión al espíritu de este tiempo; y otros, en cambio, descubren aquí la síntesis más genuina de la vida cristiana. Estos segundos logran ver, en esta propuesta, la sabiduría del hombre de fe que, al leer la realidad, reconoce que “Dios es misericordioso y fiel”; la convicción del creyente que afirma que en lo esencial de la vida cristiana encontramos a Dios que es un misterio de misericordia y de fidelidad entrañable manifestado en Jesucristo; el dinamismo del pastor que, impulsado por el Espíritu, quiere llevar el mensaje de la misericordia de Dios al mundo entero.

## 2.2. La misericordia en el Sínodo sobre la familia

La misericordia y la compasión son unos potentes focos que iluminan toda propuesta pastoral. Quisiéramos sustentar esta afirmación con un ejemplo, en concreto

---

<sup>9</sup> Cf., por ejemplo, la recopilación de textos G. Vignini (Ed.) – Papa Francisco, *La Iglesia de la misericordia*, Madrid, San Pablo, 2014.

<sup>10</sup>Cf. el texto completo: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2013/documents/papa-francesco\\_20131002\\_udienza-generale.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2013/documents/papa-francesco_20131002_udienza-generale.html)

referido al Sínodo de la familia. Es cierto que, por ahora, se ha celebrado solo la primera asamblea con carácter extraordinario y, por lo tanto, todavía no tenemos conclusiones definitivas, a la espera de la asamblea ordinaria que cerrará el proceso en octubre de 2015. Pero lo que sí podemos afirmar es que cada Sínodo es un escaparate donde se visualiza la sensibilidad pastoral de cada época.

Al leer la *Relatio Synodii* podemos destacar aquellas proposiciones provisionales que hablan explícitamente de la misericordia. Nos encontramos con subrayados significativos. Para los padres sinodales el mensaje cristiano y la misericordia son inseparables: “El mensaje cristiano lleva siempre en sí la realidad y el dinamismo de la misericordia y de la verdad, que convergen en Cristo” (*Proposición n.11*). En consecuencia, quizás no sea tan fácil contraponer verdad y misericordia, teología y pastoral: “Una verdad desnuda es ahistórica. ¡No existe! Los revestimientos de la verdad sin misericordia hacen inmisericorde a la verdad. Sin embargo, la misericordia misma es un mensaje sustancial, no accidental, de la verdad”<sup>11</sup>. La proposición a la que nos estamos refiriendo hace mirar a Cristo, pues en Él verdad y misericordia convergen.

En la segunda parte del documento, donde los padres sinodales iluminan la realidad sobre el matrimonio y la familia con la luz del evangelio, se afirma que “Jesús miró con amor y ternura a las mujeres y a los hombres con los que se encontró, acompañando sus pasos con verdad, paciencia y misericordia al anunciar las exigencias del Reino de Dios” (*Proposición n. 12*). Esta proposición ofrece un importante criterio pastoral: ¿Cómo acercarnos a los hombres y mujeres de nuestro tiempo? Debemos acercarnos con la misma mirada llena de amor de Jesús, acompañando como Él desde la verdad, la paciencia y la misericordia.

Ya en la tercera parte, donde se hacen propuestas concretas, se afirma que hay que acompañar con misericordia y paciencia: “Por lo tanto, sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día. [...] Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades. A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas” (*Proposición n.24*). De esta sabrosa cita destacamos dos palabras: acompañamiento y misericordia.

La palabra “acompañamiento” es una de las palabras más repetidas en este texto. Esto es ya un claro mensaje pastoral. ¿Cómo acompañar? Hay que acompañar como acompañó y como acompaña Jesús: “Conforme a la mirada misericordiosa de Jesús, la Iglesia debe acompañar con atención y solicitud a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, devolviendo confianza y esperanza, como la luz del

---

<sup>11</sup> D. Mieth, *Éxito y fracaso en el amor y el matrimonio*, en G. Augustin (Ed.), *El matrimonio y la familia*, Madrid, Sal Terrae, 2014, p. 228.

faro de un puerto o la de una antorcha llevada entre la gente para alumbrar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tormenta. Conscientes de que la misericordia más grande consiste en decir la verdad con amor, vayamos más allá de la compasión. El amor misericordioso, tal como atrae y une, así transforma y eleva. Invita a la conversión. Así, de esta misma manera, concebimos la actitud del Señor, que no condena a la mujer adúltera, pero que le pide que no peque más” (*Proposición n. 28*).

Y, por último, este documento relaciona misericordia con caridad, lo que conecta con la caridad pastoral: “La pastoral de la caridad y la misericordia tienden a recuperar a las personas y las relaciones. La experiencia enseña que, con una ayuda adecuada y con la acción de reconciliación de la gracia, un gran porcentaje de crisis matrimoniales se superan de manera satisfactoria. Saber perdonar y sentirse perdonado constituye una experiencia fundamental en la vida familiar. El perdón entre los esposos permite experimentar un amor que es para siempre y que no pasa nunca (cf. 1Cor 13,8). Con todo, a quien ha recibido el perdón de Dios le resulta a veces difícil tener la fuerza necesaria para ofrecer un perdón auténtico que regenere a la persona” (*Proposición n. 44*).

### **3. La caridad pastoral y la misericordia**

El agente de pastoral es un creyente en Jesús inundado en amor, sensible a la caridad con la que Dios ama el mundo y a las necesidades de los hombres, que unido a Jesús, el Buen Pastor, pone toda su persona al servicio del Reino en beneficio de los hombres y mujeres de su tiempo. En el corazón del agente de pastoral está la caridad pastoral que colorea toda su vida. Pero, ¿qué relación hay entre caridad pastoral y misericordia?

#### **3.1. La caridad pastoral es don**

Según el Papa Francisco, “el principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre evangelización” (EG 112).

En este sentido, la primacía de la gracia ayuda a entender que la caridad pastoral es sobre todo un don del Espíritu. Pero tenemos que reconocer que este don necesita su tiempo para que, gracias al amor de Cristo, se transforme en nosotros en disponibilidad y entrega. Necesitamos nuestro tiempo para entender que es “más valioso dar que recibir” o que “el amor está más en los hechos que en las palabras”. Gracias a este lento proceso de crecimiento y de purificación el agente de pastoral puede ser un hombre o una mujer de caridad.

#### **3.2. La caridad pastoral une a Cristo misericordioso**

Jesús, el Buen Pastor, según la carta a los Hebreros, es misericordioso y digno de fe: “Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y digno de fe para las relaciones de Dios” (Hebreos 2,17).

El hoy cardenal Vanhoye<sup>12</sup>, comentando este versículo de la carta a los Hebreos, dice que podemos entender *digno de fe* como creíble y con autoridad, y de la misma manera podemos entender *misericordioso* como compasivo y como aquel que comparte la vida de sus hermanos. En esta lógica todo pastor, a imagen del Buen Pastor, debe ser creíble, debe tener autoridad porque ayuda a crecer a sus hermanos y se debe caracterizar por la compasión y la misericordia. Aquí tenemos algunos criterios para hacer un examen de conciencia.

### 3.3. La caridad pastoral es afectividad

Algunas veces, cuando hablamos de la caridad pastoral, pensamos en qué podemos hacer por los demás; pero se nos olvida que hay un momento previo caracterizado por la apertura del corazón que, enfocado desde la misericordia, evidencia una afectividad que ha sido afectada.

Los ejemplos en la Escritura son numerosos: Dios escucha los gritos de su pueblo, Dios siente tanto amor y ternura que sus entrañas dan un vuelco, Jesús presenta al Padre con rasgos de amor entrañable, Jesús mismo muestra su amor con gran afectividad, Jesús siente compasión por los hambrientos, etc.

La caridad pastoral es afectividad. Se puede afirmar que la caridad pastoral no es primero entrega sino participación en el mismo amor de Jesucristo que hace que nuestro corazón sienta misericordia. La caridad pastoral tiene un componente afectivo que deja huellas visibles en la acción. Don Bosco decía que no “basta que los jóvenes sean amados, sino que deben saberse amados”.

### 3.4. La caridad pastoral es compromiso

Evidentemente la caridad pastoral tiene un componente activo que lleva a la acción en favor de los demás, sobre todo de los más necesitados.

Una característica irrenunciable de la pastoral de la Iglesia es el servicio, impulsado por el amor, a los hermanos más pobres y necesitados. Lo recordaba Benedicto XVI en su primera encíclica: “La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra” (DCE 19).

La caridad es parte esencial de la identidad de la Iglesia. Que la Iglesia tiene un cuidado especial por los pobres lo saben especialmente los pobres. Esta preocupación se ve de manera palpable en épocas de dolor, de crisis, de catástrofes.

El Buen Samaritano, Jesús, necesita de buenos samaritanos misericordiosos y compasivos con la suerte de los hombres. Este compromiso con el amor y con los necesitados exige renuncias y sobriedad, así como el compromiso de educar para la sobriedad y para la solidaridad compasiva. Vamos a fijarnos un momento en Él.

---

<sup>12</sup> Cf. A. Vanhoye, *Un sacerdote diferente. La epístola a los Hebreos*, Miami, Convivium Press, 2011.

## 4. Como Jesús

El estudioso del Nuevo Testamento, y colaborador habitual de *Misión Joven*, Juan José Bartolomé comenta en uno de sus estudios sobre Jesús, en concreto cuando lo presenta como formador de discípulos en el Evangelio de Marcos, que la compasión le convirtió en pastor y mesías<sup>13</sup>.

A la luz del texto “al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas” (Mc 6,34), los agentes de pastoral nos podemos –debemos– hacer algunas preguntas:

1. *Cuando desembarcamos*, es decir, cuando sacamos nuestros pies de la barca de nuestras seguridades en un mundo líquido, ¿qué tierra pisamos?
2. ¿Qué vemos? ¿Qué gentío está en el entorno, en la tierra, en que desembarcamos?
3. Nuestras entrañas, ¿se conmueven? ¿Sentimos compasión, misericordia?
4. ¿Vemos pastores entre el gentío? ¿Cómo los encontramos?
5. ¿Qué hace que demos *el primer paso, los siguientes pasos*?

Varias respuestas surgen a la luz de este texto, y son otros textos evangélicos los que nos ayudan a ver a Jesús, pastor y mesías, *aquél que se puso a enseñarles muchas cosas*. En el evangelio encontramos con frecuencia textos que muestran *la alegre misericordia de Dios* ante el pecado, casi como si la despilfarrase. En Lc 15,10, por ejemplo, se habla de la alegría de los ángeles en el cielo cuando un pecador se convierte. Encontramos también la actitud del Padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32), del agente de pastoral que no pregunta, no toma cuenta, que ve más allá de su nariz, que otea horizontes más humanos, que ante historias de despilfarro, de consumo, de adicción, de alejamiento..., se conmueve, sale corriendo al encuentro, que abraza, acoge y cubre de besos.

Y es que “la misericordia se ríe del juicio” (Sant 2,13), siempre va más allá de lo que es justo. La misericordia pide conocimiento de lo que significa ser hijo de Dios, la misericordia acompaña a la persona en su ser, mientras que el juicio acompaña sólo los actos. La misericordia espera, siempre espera, salta las montañas de la indiferencia, de la insolencia, del exceso, da como fruto la generosidad sin límites: el mejor vestido, el anillo en la mano, las sandalias en los pies, el ternero cebado, el banquete de fiesta (cf. Lc 15,22). Es el fruto de una multiplicación: hasta 490 veces, según Mt 18,22<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Cf. J. J. Bartolomé, *Jesús de Nazaret, formador de discípulos. Motivo, meta y metodología de su pedagogía en el evangelio de Marcos*, Madrid, Editorial CCS, 2007.

<sup>14</sup> Sobre este aspecto, es muy interesante el libro de Felicísimo Martínez *Caminos de liberación y de vida: la moral cristiana entre la pureza y el don*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1989.



Por otro lado, se describe en el evangelio la misericordia ante el dolor del ajusticiado, del violentado, del atracado (cf. Lc 10,25-37). Es la actitud del samaritano, del agente de pastoral que se siente interpelado ante el *Vete y haz tú lo mismo*. Vio al herido tirado, su mirada hizo conmoverse sus entrañas. Venció las distancias, y se acercó, y vendó las heridas –tantas–, lo consoló con el bálsamo de humanidad, lo cargó sobre sí mismo, lo cuidó y lo veló, sin saber resultados. La misericordia del presente. Pagó de sí mismo, sin recortes ni medida. De nuevo el despilfarro de misericordia.

Encontramos también la misericordia ante el dolor del enfermo, del que se siente invadido por el mal no buscado (cf. Lc 5,17-26). La actitud del que es interrumpido en su actividad cotidiana, su enseñanza (“mientras Jesús enseñaba”), del agente de pastoral que busca cómo presentar ante Jesús al que sufre. Ante un gran gentío que impide el paso, el acercamiento, que no dejan “pasillo”, sube a la azotea, descuelga a través del tejado y lo pone en medio, delante de Jesús.

Todas estas actitudes han de adornar al agente de pastoral juvenil, pero también con el tiempo a los jóvenes destinatarios de los procesos pastorales.

#### 4.1. El principio misericordia

La pastoral juvenil, como toda pastoral eclesial, debe estar hoy llena de ese principio que formuló con acierto Jon Sobrino hace unos años. Él dice que la misericordia debe ser *un principio constante de nuestra actuación*, y no meras obras puntuales. De ahí la fórmula “el principio misericordia”. Nos puede venir bien recordar cómo él lo describía, en contraste con las lecturas más aburguesadas del cristianismo europeo.

Según Jon Sobrino, por ejemplo, la teología progresista europea, reaccionando a visiones tradicionalistas opresivas, a veces ha acentuado la lucha por la libertad individual y subjetiva de modo exagerado. Es verdad que Jesús no fue un moralista riguroso y que condenaba toda opresión de las personas en nombre de Dios<sup>15</sup>. Ahora bien, según Sobrino, Jesús tampoco fue un liberal en el sentido que hasta no hace mucho se conocía como pequeño-burgués. Para él, lo primero y último era la misericordia, no la libertad subjetiva como fin en sí misma: “El ejercicio de la misericordia da la medida de la libertad, tan proclamada como ideal del ser humano en el mundo occidental. Por ser misericordioso, no por ser un liberal, Jesús transgredió las leyes de su tiempo y curó en sábado. Jesús comprendió la libertad desde la misericordia, y no a la inversa. La libertad significó para él, primariamente, que nada se podría convertir en obstáculo para el ejercicio de la misericordia”<sup>16</sup>.

Como escribía Christian Duquoc, “en los movimientos europeos de emancipación, el primer símbolo es la libertad; en los movimientos relacionados con las teologías de

---

<sup>15</sup> Cf. J. Sobrino, *Jesucristo liberador*, pp. 211-252.

<sup>16</sup> J. Sobrino, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander, Sal Terrae, 1992, p. 27.

la liberación, lo primero es la justicia, y la libertad es un efecto de la justicia realizada”<sup>17</sup>. Así pues, “si Jesús fue un hombre libre, su libertad no se identifica con un exceso de narcisismo, con una incapacidad para distanciarse de los propios intereses y para aceptar la ley como exterioridad interpretada. Jesús es libre porque juzga la justicia, la ley y la tradición en sus efectos presentes para aquellos que no tienen defensor, pero que no carecen de acusadores”<sup>18</sup>.

El amor y la justicia deben ser el centro de la ética cristiana, por encima de la libertad individual absolutizada<sup>19</sup>. Dietrich Bonhoeffer decía que “amar al hermano sería un precepto equívoco; amar al enemigo deja completamente claro lo que Jesús quiere”<sup>20</sup>. En definitiva, no podemos olvidar que “la quintaesencia de la ética de Jesús es el amor”<sup>21</sup>, y la misericordia y compasión son su lenguaje prioritario.

Hace años insistió en esto lúcidamente Johann Baptist Metz, al distinguir entre radicalidad y rigorismo: “Si la Iglesia fuera más radical evangélicamente, tal vez no necesitaría ser tan rigurosa legalmente. El rigorismo procede más bien del miedo, mientras que la radicalidad nace de la libertad de la llamada de Cristo”<sup>22</sup>. La misericordia que estamos describiendo ha de ser *radical*, pero no *rigorista*. Ambas posturas se evidenciaron en el pasado Sínodo de octubre de 2014.

Un objetivo de la pastoral juvenil ha de ser transformar “el corazón de piedra en un corazón de carne” (cf. Ez 36,26). Por eso, nos llenan de preocupación las encuestas recientes que constatan que crece el número de adolescentes y jóvenes que pide la reinstauración de la pena de muerte. Aquí se nos dibuja una tarea importante.

## 4.2. Actitudes pastorales en la acción social y el voluntariado

Es bien conocido que la puesta en marcha de acciones sociales en favor de los necesitados y los voluntariados sociales van siendo una gran realidad y el mejor fruto de una *pastoral juvenil de la misericordia*.

Con todo, no está de más formular algunas advertencias que describía magistralmente el papa Francisco en su visita al *Centro Astalli* de Roma para la asistencia a los refugiados, promovido por los Jesuitas. Francisco decía que acercarse misericordiosamente a los pobres supone *servirlos, acompañarlos y defenderlos*: “*Servir*. ¿Qué significa? Servir significa acoger a la persona que llega, con atención; significa inclinarse hacia quien tiene necesidad y tenderle la mano, sin cálculos, sin temor, con ternura y comprensión, como Jesús se inclinó a lavar los pies a los

---

<sup>17</sup> Ch. DUQUOC, *Lasitud europea y grito de los pobres*, en L. C. SUSIN, *El mar se abrió. Treinta años de teología en América Latina*, Santander, Sal Terrae, 2001, p. 69.

<sup>18</sup> Ch. Duquoc, *Mesianismo de Jesús y discreción de Dios*, Madrid, Cristiandad, 1985, p. 116.

<sup>19</sup> Cf. F. Martínez, *Crear en Jesucristo. Vivir en cristiano. Cristología y seguimiento*, Estella, Ed. Verbo Divino, 2005, pp. 817-827.

<sup>20</sup> D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia*, Salamanca, Sígueme, 1995, 4ª ed., p. 93.

<sup>21</sup> J. Gnilka, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Barcelona, Herder, 1993, p. 293.

<sup>22</sup> J. B. Metz, *Más allá de la religión burguesa*, Salamanca, Sígueme, 1982, p. 74.

apóstoles. Servir significa trabajar al lado de los más necesitados, establecer con ellos ante todo relaciones humanas, de cercanía, vínculos de solidaridad... Servir significa reconocer y acoger las peticiones de justicia, de esperanza, y buscar juntos los caminos, los itinerarios concretos de liberación... La sola acogida no basta. No basta con dar un bocadillo si no se acompaña de la posibilidad de aprender a caminar con las propias piernas. La caridad que deja al pobre así como es, no es suficiente. La misericordia verdadera, la que Dios nos dona y nos enseña, pide la justicia, pide que el pobre encuentre el camino para ya no ser tal. Pide —y lo pide a nosotros, Iglesia; a nosotros, ciudad de Roma, a las instituciones—, pide que nadie deba tener ya necesidad de un comedor, de un alojamiento de emergencia, de un servicio de asistencia legal para ver reconocido el propio derecho a vivir y a trabajar, a ser plenamente persona... Servir, acompañar, quiere decir también *defender*, quiere decir ponerse de lado de quien es más débil. Cuántas veces alzamos la voz para defender nuestros derechos, pero cuántas veces somos indiferentes hacia los derechos de los demás. Cuántas veces no sabemos o no queremos dar voz a la voz de quien ha sufrido y sufre, de quien ha visto pisotear sus propios derechos, de quien ha vivido tanta violencia que ha sofocado incluso el deseo de tener justicia”<sup>23</sup>.

## 5. Experimentar la misericordia sacramental

Y acabamos con unas palabras sobre el Sacramento de la Reconciliación. Creemos que nos vendría muy bien entrar en lo que el Ritual de la Reconciliación propone. La celebración es ya en sí misma celebración de la misericordia de Dios y “camino pedagógico” de conversión. Pero lo que nos falta en la Iglesia es “entrar” en la celebración del sacramento que la reforma del Vaticano II nos propuso. Ni nos hemos enterado de ella... o solo para anematizar la tercera fórmula de la confesión general.

### 5.1. Os suplicamos en nombre de Cristo, dejaos reconciliar con Dios (2Cor 5,20)

La acción divina no logra su eficacia si sus destinatarios no están dispuestos a aceptarla por la fe. Aquí está una línea fundamental de la acción pastoral: ayudar al otro a acoger lo que gratis se le da, pero que sin su consentimiento no será posible. La portada primera del famoso semanario satírico francés *Charlie Hebdo* después de sufrir un cruel atentado decía: “Todo está perdonado”. Pero, más allá de la retórica y la ironía, ¿tiene sentido un perdón que no es solicitado ni recibido? Pues algo así sucede con el sacramento de la reconciliación, que hay que suscitar el deseo de “dejarse reconciliar por Dios”.

El perdón de Dios está ofrecido y dado. Pero hay que acogerlo y acogerse a este perdón. Es como cuando uno dice: “Yo le he perdonado, pero él no ha aceptado el

---

<sup>23</sup>Cf. el texto: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco\\_20130910\\_centro-astalli.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130910_centro-astalli.html)

perdón”. Esta persona tiene a disposición el perdón, pero se queda sin él porque no lo acepta, no lo quiere, no quiere el regalo del perdón dado.

Esta experiencia humana es muy cercana a comportamientos relacionales con Dios. Nosotros solemos decir: “Pues peor para él si no lo quiere...”. Dios, en cambio, se enternece y espera... Siempre espera. Esta experiencia humana es la mejor manera de entender el perdón de Dios y la acogida por parte de la persona. Siempre está ahí lo que muchos no conocen o no aceptan o no les interesa. Siempre está ahí Dios.

Eso mismo vienen a decir estas palabras del papa Francisco: “La paciencia de Dios debe encontrar en nosotros la valentía de volver a Él, sea cual sea el error, sea cual sea el pecado que se haya cometido en la vida”<sup>24</sup>. También estas otras: “Para la misericordia de Dios nada es imposible. Hasta los nudos más enredados se deshacen con su gracia... Todos nosotros tenemos alguno, y podemos preguntarnos en nuestro corazón: ¿Cuáles son los nudos que hay en mi vida? «Padre, los míos no se puede desatar». Pero eso es un error. Todos los nudos del corazón, todos los nudos de la conciencia se pueden deshacer”<sup>25</sup>. Aquí hay, por tanto, mucho trabajo pastoral que hacer previo al sacramento.

## 5.2. La crisis del sacramento de la penitencia

La raíz profunda de la crisis sacramental está en la crisis de fe. No hemos salido del esquema de “fe es creer”, sobre todo, es “creer verdades”. Ha calado menos en los creyentes que fe es una relación-adhesión establecida con Dios a través de su Hijo, por la fuerza del Espíritu. Mientras la fe haga referencia a “saberes”, y no a “relación”, es difícil sentirse concernido. Y esto se ve aumentado en un tipo de sociedad que confunde *relaciones* con *red de amigos* a los que no se conoce ni mira a los ojos, con *redes sociales* que la mayoría de las veces no crean relación personal real, sino virtual.

Aquí aparece otra pista de “pastoral penitencial”, que es el establecimiento de relaciones que ayuden a abrirse a lo que es la relación con Dios. Poder decir: “te acojo como mi Señor y sé que tú acoges toda mi persona, también los “agujeros negros”, y me lanzas con ello a caminar en el amor y en la verdad. Esto pide tener una experiencia de relación personal. Una “buena relación” es un camino de verdad y hacia la verdad. Una mala relación es un camino que no tiene meta, solo salidas falsas.

Cuando se dice que la pastoral del sacramento está mal, no decimos solo que hay malos horarios, que no hay comodidades para celebrarlo personal o comunitariamente, o que estamos como hace años, sin haber puesto en práctica el

---

<sup>24</sup> Homilía del papa Francisco en su toma de posesión en la catedral de San Juan de Letrán (Roma), 07.04.2013.

<sup>25</sup> Discurso de Francisco en la Oración mariana con ocasión del Año de la Fe, en Roma, 12.10.2013: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/october/documents/papa-francesco\\_20131012\\_pregghiera-mariana.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/october/documents/papa-francesco_20131012_pregghiera-mariana.html).

rico *Ritual de la Reconciliación*. Estamos apuntando a una realidad humana y de fe que es mucho más que la comodidad de poder acercarse o no. Es una realidad de fondo, lo cual no excluye una revisión de la celebración del sacramento que deje atrás de una vez el carácter “judicial” y “tétrico” que el acompaña, esa “sala de torturas” a que aludía también el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: “A los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible” (EG 44).

### 5.3. Superar la reducción del sacramento a la manifestación oral de las faltas y pecados

Este reduccionismo es casi “la negación del mismo sacramento”. De darle tanta importancia a la confesión de los pecados “sin que falte uno”, se ha caído en “decir los pecados y ya está”. Pura magia. Decir hoy lo que mañana volveré a decir y ya dije mil veces antes. Confesarse siempre de lo mismo... Es la consecuencia de una mala pastoral de la Reconciliación que pone el acento en “el decir”, y no en la relación y en la escucha del que nos llama a conversión. Ocupados en analizar lo que hemos hecho mal, no nos ocupamos en **ESCUCHAR** al que tiene palabras de futuro para cada uno. Sin esta escucha, no hay perspectiva de conversión. Basta la acusación.

Dios es un Dios de ternura. Aún en el castigo, anuncia la ternura (cf. Éx 34,6 ss). El pecado tiene consecuencias. Y Dios no borra esas consecuencias. Pero al mismo tiempo mantiene su ternura y fidelidad. Dios da y ofrece siempre futuro. Caminar hacia él es el futuro.

Si Dios se conmueve, si usa misericordia, si lleva a su pueblo al desierto es porque quiere hablarle al corazón (cf. Os 2,16), quiere que se convierta, que se vuelva hacia él (cf. Is 55,7). Con este fondo bíblico es con el que hay que hay que potenciar los diversos *pasos* de lo que es la conversión, que los hallamos muy bien descritos en la parábola del Padre misericordioso.

Nunca podrá pesar más el pecado de la persona que el derroche de amor de Dios. Es este derroche el único que es capaz de volvernos hacia Dios. No volvemos por nuestras fuerzas ni por nuestro voluntarismo, sino cogidos de la mano del Señor.

### 5.4. En la tradición salesiana

Don Bosco pasa a la historia como un apóstol de la confesión frecuente. La misericordia de Dios produce alegría en el corazón del joven. Don Bosco quiere en sus jóvenes una alegría que sale de dentro, no ficticia.

La misericordia de Dios es el gran motor *con el que* Don Bosco aviva su “obsesión”, heredada de Francisco de Sales, de que la santidad es posible y es para todos, también para los jóvenes.

Don Bosco cultiva a través de la penitencia una escuela de santidad que acentúa sobre todo el misterio de la gracia en el bautizado. Hoy no habría que contentarse solo con acompañar al joven en el proceso de crecimiento y maduración integral. O, de otra manera, el acompañamiento debería llegar a situar al joven y a toda persona ante el reconocimiento del don de Dios, de su oferta de misericordia. El acompañamiento de Don Bosco es una presencia que está ahí, hace protagonista al sujeto de su propia vida y de su propio camino. Todo se realiza en un ambiente de familia, de confianza, de acogida incondicional del otro esté como esté, sea como sea. Nadie hace la vida al otro. Pero sí está a su lado para que la haga en toda su plenitud. Y esto es lo que le lleva a Don Bosco a situar a sus jóvenes ante el Dios que ofrece su amor. Don Bosco, con su presencia, señala horizontes, ayuda a descubrir el camino que podemos recorrer.

## *Hacia una reorganización de centros propios [cuarta parte]*

**José Carlos Bermejo<sup>26</sup>**

### **II. Terapia para la vida religiosa socio-sanitaria y la pastoral de la salud**

Si nuestras formulaciones nacidas de la llamada “reestructuración” se reducen a la pura funcionalidad, es probable que se devalúe el aspecto humano y la vinculación comunitaria...

Por tanto, ni se trata de nuevas palabras para hablar de lo mismo; ni nuevas estructuras que nos den una apariencia de novedad... Se trata de un auténtico cambio que centre la misión y la identidad en la vinculación comunitaria. “Como ya ocurriera en los orígenes, se nos está pidiendo a la vida religiosa algo tan novedoso y atrevido como ‘nacer de nuevo’. Y además hacerlo a sabiendas de que somos mayores, con mucha historia, con procesos inacabados y caminando hacia un futuro que no vamos a ver concluido. Toda una profecía de confianza en la providencia”.<sup>27</sup>

Pensando en la situación descrita, fruto de una visión que busca más bien lo negativo (visión clínica tradicional), parece cada vez más necesario aunar los esfuerzos participando eficazmente en la común misión de todos los miembros de la Iglesia, consagrados o no (VC 54), examinando las distintas formas de compartir carisma y misión, y, para algunos, también la misma forma de vida consagrada (formas nuevas). Este es uno de los logros obtenidos en estos últimos años por la doctrina de la Iglesia como comunión y de intercambio de dones en pro de una participación más eficaz en la misión eclesial.

Se diría que las enfermedades que vivimos son -en sentido real- *enfermedades morales*; o sea, relacionadas con las costumbres y las tradiciones de nuestro comportamiento. Y, para este tipo de enfermedades, seguramente lo más importante

---

<sup>26</sup> Publicamos la cuarta parte del capítulo cuarto de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

<sup>27</sup> GONZALO, L. A., “La reestructuración es cuestión de comunidad”, en: *Suplemento Vida Nueva Con Él*, 3 (2012) 3.



es la prevención; es decir, la conversión del modo de pensar, el cambio de mentalidad.

Creo que, en realidad, lo que termina surgiendo en este tipo de análisis es siempre el tema de la identidad de la vida consagrada en la Iglesia.

El declive no es un proceso irreversible. Puede ser modificado. Una congregación puede renovarse, reformarse, refundarse desde la fecundidad y novedad permanente del carisma. La cuestión es cómo se vive la situación de declive. ¿Se vive como reversible? ¿Cuáles son sus condiciones de posibilidad? ¿Hay situaciones en que ya se ponen en duda la capacidad de renovación y de cambio? ¿Es posible recrear la vitalidad del carisma? Para mí la palabra que tiene que tomar más cuerpo es “el traspaso” del carisma a su lugar correspondiente: la Iglesia, el mundo, pero el mundo siendo del mundo, no “en el mundo sin ser del mundo”.<sup>28</sup> Quizás la situación en la que nos encontramos puede ayudarnos a revisar no solo la identidad de la vida consagrada, sino también la naturaleza de la misma Iglesia y su misión en el mundo y, particularmente la misión de las instituciones sanitarias de la Iglesia en el mundo. Hay una escena campestre que merece nuestra atención. Los burros muchas veces se resisten a moverse, pero en cuanto se les echa una carga encima comienzan a caminar. Tener pasión por hacer algo ayuda a caminar.

### **a. Las expectativas del enfermo**

Cuando un enfermo va al consultorio del médico lleva consigo sus expectativas con respecto al doctor y con respecto a sí mismo; y también lleva consigo el dinamismo de la esperanza, como estímulo hacia la mayor experiencia posible de salud. Estas expectativas limitan asimismo la intervención médica: es seguro que no estaremos dispuestos a dejar de ser nosotros mismos.

Es probable que muchas expectativas de las instituciones religiosas estén aún cifradas en el retorno a la situación anterior: mayor número de miembros religiosos. ¿No rezamos también por este motivo por las vocaciones?

### **b. El “médico” (Jesús)**

Quiero imaginarme a Jesús que se dirige a nosotros, como lo hizo con el paralítico, (Jn 5,6) preguntándonos: “Pero, sinceramente, vosotros, religiosos, ahora que sois menos, que os sentís interpelados por vuestro ser y vuestro hacer en el mundo de la salud, ¿queréis recobrar la salud de vuestra identidad profética y de vuestra identidad de vida consagrada u os encontráis bien así, con los ‘beneficios secundarios’ de estas “enfermedades”? O sea, ¿queréis sanar vuestra dependencia, vuestra pasividad, vuestra complacencia en la situación actual, desde la que atribuíis a los demás la responsabilidad de vuestra propia situación? ¿Queréis ser buenos religiosos (muchos o pocos no entra en la pregunta), libres, proféticos, constructores

---

<sup>28</sup> TILLARD, P., *En el mundo sin ser del mundo*, Santander: Sal Terrae (1975).

del Reino, mis seguidores apasionados; o por el contrario estáis viendo cómo conservar las empresas que habéis montado, el negocio, por muy válido que sea?

Jesús terapeuta, que habita en lo más íntimo de nuestros corazones, nos puede sanar de los males para vivir el momento actual en clave de salud, integrando la finitud. Nuestro desafío es vivir a partir de lo que somos, no como meras empresas prestadoras de servicios.

“El Jesús desautorizado públicamente por y condenado en virtud de la autoridad de la ley judía del tiempo, y autorizado por Dios al resucitarle de entre los muertos, es el fin de la ley y, por ende, el fin del camino de la justificación por las obras de la ley. El Crucificado se hace presente mediante la fe, por pura gracia. Esta verdad tiene una vertiente espiritual. Pero tiene también una dimensión política. De hecho, sin embargo, con demasiada frecuencia nos seguimos justificando por las obras, por los méritos o capacidades”<sup>29</sup>.

### **c. Los “fármacos” (morales)**

Quizá no sea necesario continuar, después de haber hecho referencia a Jesús, fuente de nuestra sanación. Trataré, sin embargo, de indicar algunos cambios que, a mi juicio, hacen concretar las actitudes que se deben adoptar para “curar al enfermo” y para unos necesarios “cuidados paliativos”. Me referiré, en buena medida, a los mismos fármacos que evoqué en el primer capítulo.

El primer fármaco que, según mi opinión, debemos tomar es el de la *fidelidad* (y esto por vía endovenosa, o sea, que vaya directamente al corazón de todos nosotros). Fidelidad a nuestro ser cristianos, religiosos y religiosos para la salud. Ser fieles se traduce en capacidad creadora; así lo expresaba el Padre Calisto Vendrame, cuando era Superior General de los religiosos Camilos<sup>30</sup>. En un mundo cambiante, decíamos, si queremos ser los mismos también nosotros, debemos cambiar. Hacer frente al presente sin cambiar es traicionar la fidelidad. Y esto mismo nos lo debemos aplicar con respecto a la creatividad en las obras propias de servicios sociales y de salud, así como en la pastoral de la salud. La complejidad del mundo de la salud y del sufrimiento nos debe llevar a ser fieles, en todas las funciones que asumamos, a nuestra razón de ser.

Pero aquí quisiéramos recordar también el tema de las motivaciones. Los fundadores tenían claro que lo que querían hacer era un proceso de liberación: conseguir asistir a los enfermos por amor de Dios y no por otros intereses. La pregunta sobre el porqué de nuestros ministerios individuales y comunitarios y de los proyectos se presenta siempre como un reto a nuestra fidelidad. No es suficiente preguntarnos sobre cómo hacemos lo que hemos comenzado o heredado de nuestros hermanos, sino que es preciso preguntarnos sobre su porqué. Se trata de un porqué que se

---

<sup>29</sup> FERNÁNDEZ, B., “La cuaresma del seguimiento de Cristo”, en: *Vida religiosa*, 113, (2012) 16.

<sup>30</sup> VENDRAME, C., *Essere religiosi oggi*, Roma: Dehoniane (1989) 303.

refiere a la motivación y la finalidad. El carácter profético del carisma de la vida religiosa debe llevarnos a estar vigilantes sobre lo que debemos ser como religiosos, es decir, *signos significativos*, personas y comunidades que apuntan más allá de lo que se ve a primera vista. No tendría sentido estar en un lugar donde nuestro ser no fuera significativo, donde nuestra presencia no fuese parábola, donde nuestro propio ser no fuera evangelizador. ¿Estoy diciendo que hay que dejar algunas obras, algunos ministerios? Sí. También estoy tratando de resaltar la importancia de la constante revisión de las motivaciones que nos llevan a realizar servicios concretos, es decir, a lo que nos mueve a ejercer nuestra misión.

“La vida consagrada está llamada a volver una vez más a lo esencial. Es en realidad lo que siempre han intentado los fundadores de institutos, al descubrir o recrear un antiguo carisma evangélico. Pero tal vez haya que hacerlo más radicalmente, desde la misma Palabra de Dios “sin glosa”. Lo esencial en los variados estilos de vida consagrada es volver al estilo de Jesús: conocerlo por experiencia, internalizarlo de modo inédito, o reproducirlo creativamente en nuestro tiempo. La historia nos da experiencia y perspectiva, pero también nos llena de estructuras caducas, antigüedades y polvo”<sup>31</sup>.

Quizás también sea necesario tomar una dosis de *transparencia y sinceridad* que nos ayude a *purificar las motivaciones* (por vía oral, como el spray que purifica cuando respiramos hondo). Significa no pedir la colaboración de los seculares y de religiosos de otros continentes solo por la disminución del número de religiosos en la vieja Europa, sino que debemos pedirla como don y como carisma, presente en la iglesia comunión, que nos fue transmitido por el Espíritu a través de nuestros fundadores.

Tomemos asimismo otro poco de *humildad*. No nos creamos mejores que los servicios sociales y de salud prestados por otras entidades, ni más competentes. No nos creamos por más tiempo los dueños del carisma, porque es un don de Dios para toda la Iglesia y la sociedad, a través de los fundadores. Hoy es una exigencia compartir la responsabilidad confiada a todos por el Espíritu en pro del bien del mundo entero. A propósito de esto, en los últimos años muchos Institutos han dado pasos significativos y hoy cuentan con numerosos asociados seculares que participan activamente de su espiritualidad y de su misión. Otros, en cambio, empiezan a abordar ahora esta nueva aventura y están buscando vías para realizar el proyecto soñado por el Fundador.

Tomemos también una dosis de *confianza*. Este remedio nos quitará el temor al cambio. “Cuando sopla el viento del cambio, unos construyen muros para defenderse, otros construyen molinos”, dice un proverbio. Seguramente, tomando el remedio de la *confianza*, no nos lamentaremos más sobre la escasez de recursos humanos y de vocaciones, y construiremos más espacios de fraternidad.

---

<sup>31</sup> RAMOS, J. D., “El cambio de época y la vida consagrada”, en: *Vida religiosa*, 1/223, (2012) 8.

Tomemos también una dosis del *compartir* (como crema para las manos). Se trata de evitar “prelaturas personales” o “institucionales” que llevan a identificar obras propias con la misma institución, cosas con personas, proyectos con carisma.

El Padre Monks, también exsuperior General de los Camilos, definía este reto como *partnership*<sup>32</sup>. A pesar de nuestra tradición un tanto vertical de la Iglesia, no es necesario que seamos los dueños, los que mandan, los que tienen el poder, el dinero, la capacidad de decidir... Así como en la vida consagrada el poder es más de naturaleza carismática que jurídica, el *liderazgo* en las obras asistenciales propias, en este nuevo paradigma *relacional (de partnership)*, deberá basarse en primer lugar en la identidad, en el carisma, en la competencia; mucho antes que en el poder. Una es la lógica institucional y otra la evangélica. Decía Juan XXIII que “agoreros de calamidades” abundan por doquier. Necesitamos la capacidad para infundir ánimo. Tenemos crisis de liderazgo. “El liderazgo es capacidad de guiar sin imponer; orientar sin forzar; mostrar y atraer. Es un liderazgo espiritual que no se logra con destrezas humanas, aunque las comprende. La comunidad religiosa tiene que superar tres tentaciones siempre presentes: el conformismo, la casuística y el desánimo. Estas, unidas a aquellas dos que ya señalaba Juan XXIII en su decálogo, prisa e indecisión, constituyen cinco transversales en las cuales nos jugamos todo el ser comunidad o parecerlo”<sup>33</sup>.

#### **d. Las PJP (personalidad jurídica propia) en el ámbito anglosajón<sup>34</sup>**

En los últimos años, la investigación que se está realizando sobre el futuro de estas obras propias de instituciones religiosas, desde el Vaticano, a la vista de la grave reducción en los números de religiosos activos en América del Norte y Europa occidental, que se produce además en un momento en el que las actividades apostólicas se hacen más complejas bajo el aspecto profesional, ético, financiero y jurídico, ha llevado a que Roma dé una respuesta a la situación.

En realidad, en cierto sentido la pregunta era la siguiente: “Cuando ya no estemos, estas obras confiadas a la Iglesia, ¿cómo se seguirán realizando en nombre de la Iglesia y según las normas éticas y jurídicas de la Iglesia?”. Cuando las obras están en las manos de los institutos religiosos, se entiende que la actividad apostólica “se realiza en nombre de la Iglesia y por su mandato” y debe ejercerse en comunión eclesial (Código de Derecho Canónico, c. 675, párr. 3). Al mismo tiempo, el canon 634, en el párrafo 1, reconoce específicamente la personalidad jurídica de los institutos, las provincias y casas. Como tales, “cumplen en nombre de la Iglesia... la misión que se les confía mirando al bien público” (c. 116, párr. 1). Pero, ¿qué sucede si el instituto religioso no continúa las obras?

---

<sup>32</sup> MONKS, R, “Unitá, giustizia, solidarietà e cosí via en: *Camilliani-Camillians*, Roma (2006) 346.

<sup>33</sup> GONZALO, L. A., “La reestructuración es cuestión de comunidad”, en: *Suplemento Vida Nueva Con Él*, 3 (2012) 12.

<sup>34</sup> Diario de la Asociación Católica de Salud de EEUU, Health Progress, septiembre-octubre de 2011. Recogemos algunas informaciones del trabajo realizado por la Hna. Sharon Holland al respecto.

La respuesta evidente, en algunos casos, sería pasar las obras a otro instituto religioso o a la diócesis. Sin embargo, esto no siempre es posible. Otros institutos religiosos a menudo han tenido dificultades semejantes. Puede ser que las diócesis estén en la posición de asumir la gestión, pero también puede que no lo estén. Es raro que una diócesis sea capaz de asumir un hospital o un conjunto de hospitales que abarque varias diócesis. Ante la necesidad, los religiosos comenzaron a buscar una estructura capaz de preservar su patrimonio espiritual y económico, tal y como está expresado en sus obras apostólicas, capaz de satisfacer tanto las normas del derecho civil como las del derecho canónico.

Una semilla de respuesta la sembró el concepto de la personalidad jurídica propia (conocida en el sector como PJP), que no es ni un instituto religioso ni una diócesis, pero que podría funcionar en nombre de la Iglesia. Nadie ha afirmado que la PJP es la única manera de seguir adelante para los apostolados que los religiosos ya no tienen la capacidad de gestionar de forma independiente. Sin embargo, es una posibilidad que está siendo seriamente estudiada y que ahora ya ha sido experimentada. En la vida de los institutos y de la Iglesia, 20 años son un plazo de tiempo bastante corto, pero a pesar de ello, constituyen una experiencia valiosa.

Con la excepción de algunos casos en los que los cánones otorgan directamente la personalidad jurídica (es decir los institutos religiosos y sus provincias, c. 634), el Código establece que la personalidad jurídica la concede la autoridad eclesiástica competente (cánones 114, 116). La identidad específica de dicha autoridad deriva del canon 312 §1, que reconoce al Obispo diocesano como autoridad competente para conceder la personalidad jurídica pública dentro de su territorio, a la Conferencia Episcopal para las PJP's nacionales y a la Santa Sede para las que son universales e internacionales. En el momento de las primeras solicitudes de los Estados Unidos, la Conferencia Episcopal estadounidense prefirió que actuase la Santa Sede. En otros países, las Conferencias Episcopales nacionales o regionales han intervenido en cuanto a solicitudes semejantes. Dado que las solicitudes implicaban los ministerios de congregaciones religiosas, a menudo de derecho pontificio, la autoridad competente de la Santa Sede para conceder la personalidad jurídica, aprobar los Estatutos y autorizar la enajenación de bienes que pasan a la nueva PJP es la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, CIVCSVA). Si la solicitud partiera de un Obispo, el dicasterio competente sería la Congregación para el Clero.

Como es sabido, en España esta tendencia no se ha producido por diferentes motivos y las instituciones religiosas han preferido realizar procesos de delegación de la gestión de los hospitales a Fundaciones civiles, en las cuales conservan la mayoría de miembros del patronato religiosos o nombrados por los Consejos Provinciales (pudiendo ser seculares). En otros contextos, han sido Consorcios públicos los que se han encargado de tomar la gestión de los centros sanitarios de los religiosos, conservándose la propiedad de los inmuebles y, con frecuencia manteniendo el servicio de atención espiritual y, en algunos casos, las actividades del voluntariado.

# 🎯 El anaquel

## *Identidad y misión del religioso hermano en la Iglesia. “Y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8) [primera parte]*

### Introducción

#### **Hermano**

1. Desde los primeros siglos del cristianismo la vida consagrada ha sido prevalentemente laical, expresión del vivo deseo de hombres y mujeres de vivir el Evangelio con la radicalidad que propone a todos los seguidores de Jesús. Aún hoy los miembros de la vida consagrada laical -hombres y mujeres-, son una gran mayoría.

*Hermano* es el nombre que tradicionalmente se ha dado al religioso laico<sup>35</sup> en la Iglesia desde los comienzos de la vida consagrada. No le pertenece en exclusiva, ciertamente, pero sí le representa de un modo significativo en la comunidad eclesial en la que es *memoria profética* de Jesús-Hermano, quien declaró a sus seguidores: “Y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8).<sup>36</sup>

Este dicho de Jesús nos lo trasmite Mateo en un contexto en el que Jesús se pronuncia contra la hipocresía de quien usaba la religión para obtener privilegios y gloria delante de los hombres. Pero el valor del *logion* va más allá del contexto inmediato. El nombre de hermano/hermana subraya la dignidad común y la igualdad fundamental de todos los creyentes, hijos en el Hijo del mismo Padre celestial (cf. Mt 5, 45), llamados a formar una fraternidad universal en Cristo, el primogénito de muchos hermanos (cf Rom 8, 29).

---

<sup>35</sup> A lo largo del documento usaremos preferentemente el término propuesto en la Exhortación Apostólica *Vita consacrata* n. 60: “el religioso hermano” o, simplemente, “el hermano. Cuando sea posible utilizaremos el término correspondiente en plural, pues *el hermano* solo lo es en medio de *los hermanos*, en el contexto de la fraternidad, nunca en solitario. Ser hermano implica siempre una relación, y es esta la que queremos subrayar.

<sup>36</sup> Cf VC 60.



Aun cuando en esta Instrucción se habla directamente de la vida y misión del religioso hermano, tenemos bien presente que muchas de las cuestiones aquí tratadas, como la participación al misterio de la comunión y de la fraternidad eclesial o la función profética del testimonio y del servicio, son aplicables a la vida y misión tanto de los religiosos hermanos como de las mujeres consagradas.

El religioso hermano y las religiosas, con su participación en el misterio salvador de Cristo y de la Iglesia, son memoria permanente para todo el pueblo cristiano de la importancia del don total de sí mismo a Dios y de que la misión de la Iglesia, respetando las distintas vocaciones y ministerios dentro de ella, es única y compartida por todos. A pesar de ello, constatamos que no siempre la vocación del religioso hermano y, como consecuencia, de las religiosas, es bien comprendida y estimada dentro de la Iglesia.

La reflexión que aquí ofrecemos ha nacido para contribuir a apreciar la riqueza de las diversas vocaciones, especialmente en el seno de la vida consagrada masculina, y con el fin de aportar luz sobre la identidad del *religioso hermano* y sobre el valor y la necesidad de esta vocación.

### **Los destinatarios**

2. Los *hermanos* o religiosos laicos son hoy la quinta parte del total de religiosos varones en la Iglesia. Unos pertenecen a Institutos clericales; otros a Institutos mixtos. Otros están integrados en los Institutos laicales, también llamados *Institutos religiosos de Hermanos*<sup>37</sup>, cuyos miembros son, todos o en su mayor parte, religiosos laicos. A todos ellos se dirige esta reflexión, con el deseo de que sirva para afirmarles en su vocación.

Dadas las semejanzas entre la vocación religiosa femenina y la del religioso hermano, cuanto aquí se dice será fácilmente aplicable a las religiosas.

Este documento se dirige también a los laicos, a los religiosos sacerdotes, a los sacerdotes diocesanos, a los Obispos y a todos aquellos que quieran conocer, apreciar y promover la vocación del religioso hermano en la Iglesia.

### **Un marco para nuestra reflexión**

3. La Exhortación Apostólica *Vita consecrata* de Juan Pablo II sirve de marco de referencia para nuestra particular reflexión sobre el religioso hermano, y a ella nos remitimos para todos aquellos rasgos generales de la vida consagrada que conforman su identidad. Nos limitamos a proponer aquí lo que es más específico o peculiar de esta vocación, aunque serán inevitables las referencias a la vida consagrada en

---

<sup>37</sup> Esta última es la denominación propuesta por el Sínodo sobre la Vida Consagrada (octubre de 1994) y recogida en la Exhortación Apostólica *Vita consecrata* n. 60.



general, y por tanto, a los documentos que desde el Concilio Vaticano II la han presentado, enmarcada en la eclesiología de comunión<sup>38</sup>.

Muchas características señaladas anteriormente como propias, con una cierta exclusividad de la vida consagrada, son consideradas hoy como pertenecientes al tesoro común de la Iglesia y propuestas a todos los fieles. Los religiosos tienen hoy el reto de reconocerse en lo que, aun siendo común, ellos viven de un modo particular, convirtiéndolo así en signo para todos.

### **Plan del documento**

4. Presentamos primeramente a los religiosos hermanos en el interior de la Iglesia-Comunión, como parte del único Pueblo de convocados, en el que están llamados a irradiar la riqueza de su vocación particular.

A continuación, y siguiendo las tres dimensiones con las que la Iglesia-Comunión se presenta a sí misma<sup>39</sup>, desarrollaremos la identidad del hermano como *misterio de comunión para la misión*. En el centro de esa triple perspectiva está el corazón de la identidad del religioso hermano, a saber: *la fraternidad*, como don que recibe (*misterio*), don que comparte (*comunión*) y don que entrega (*misión*).

Finalmente, propondremos algunas pistas para que, en cada lugar de nuestro mundo, cada comunidad y cada religioso hermano puedan dar respuesta a esta pregunta: ¿Cómo ser hermanos hoy?

## **1. Los religiosos hermanos en la Iglesia-Comunión. “Te he elegido como alianza del pueblo” (Is 42,6)**

### **Un rostro para la alianza**

5. La renovación llevada a cabo por el Concilio Vaticano II, a Impulsos del Espíritu de Pentecostés, ha iluminado en la Iglesia el núcleo central de su propio ser, revelado como *misterio de comunión*<sup>40</sup>. Ese *misterio* es el *designio divino de salvación de la humanidad*<sup>41</sup>, que se despliega en una historia de alianza.

El manantial de ese misterio no está, pues, en la Iglesia misma sino en la Trinidad, en la comunión del Elijo con el Padre en el don del Espíritu Santo. Esta comunión es el *modelo, fuente y meta* de la comunión de los cristianos con Cristo; y de ella nace la comunión de los cristianos entre sí<sup>42</sup>.

---

<sup>38</sup> Juan Pablo II, *Christifideles laici* 19: “Es esta la idea central que, en el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha vuelto a proponer de sí misma. (...) La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos del Concilio”.

<sup>39</sup> Cf ChL 8; 19; 32.

<sup>40</sup> ChL 8; VC 41.

<sup>41</sup> ChL 19.

<sup>42</sup> Cf ChL 18; 19.

La vida consagrada, que “*está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión*”<sup>43</sup>, ha de mirar a ese corazón para encontrarse y comprenderse a sí misma. El religioso hermano encuentra allí el significado profundo de su propia vocación. En esta contemplación le ilumina la figura del Siervo de Yahvé descrita por Isaías, a quien Dios dice: “*Te he elegido como alianza del pueblo*” (Is 42,6). Esa figura adquiere su rostro perfecto en Jesús de Nazaret, quien sella con su sangre la nueva alianza y llama a los que creen en Él para continuar la mediación encomendada al Siervo, de ser *alianza del pueblo*.

La identidad mediadora del Siervo de Yahvé tiene una significación personal, pero también comunitaria, pues se refiere al *resto de Israel*, el pueblo mesiánico, del que el Concilio dice: “Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por Él como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16)”<sup>44</sup>.

Sintiéndose parte de este pueblo y de su misión, el religioso hermano vive la llamada a ser memoria de la alianza por su consagración a Dios en una *vida fraterna en comunidad para la misión*<sup>45</sup>. Así hace más visible la comunión que todo el Pueblo de Dios está llamado a encarnar.

### **En comunión con el Pueblo de Dios**

6. Animada por el Espíritu, la Iglesia afianza hoy su conciencia de ser Pueblo de Dios, donde todos tienen una igual dignidad recibida en el Bautismo<sup>46</sup>, todos tienen una común vocación a la santidad<sup>47</sup> y todos son corresponsables de la misión evangelizados<sup>48</sup>. Cada uno, según su vocación, su carisma y su ministerio, se convierte en signo para todos los demás<sup>49</sup>.

En este Pueblo de consagrados nace y se inserta la vida consagrada, y dentro de ella la vida religiosa laical, con *una nueva y especial consagración* que desarrolla y profundiza la consagración bautismal<sup>50</sup>; participa “de una forma especial en la función profética de Cristo, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios”<sup>51</sup>; vive su carisma específico en relación y continuidad con los otros carismas eclesiales; se integra en la misión de la Iglesia y la comparte con los demás creyentes.

---

<sup>43</sup> VC 3.

<sup>44</sup> *Lumen gentium*, 9.

<sup>45</sup> VC 72.

<sup>46</sup> Cf ChL 55; VC31.

<sup>47</sup> Cf ChL 16.

<sup>48</sup> Cf *Evangelii nuntiandi*, 59.

<sup>49</sup> Cf ChL 55.

<sup>50</sup> Cf VC 30.

<sup>51</sup> VC 84.

Los religiosos hermanos encuentran su *hábitat* natural en este contexto de comunión por su pertenencia al Pueblo de Dios, y también unidos a todos aquellos que, desde la consagración religiosa, reflejan la esencia de la Iglesia, *misterio de comunión*. En ella mantienen viva *la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad*<sup>52</sup>.

Los lazos de comunión del religioso hermano se extienden más allá de los límites de la Iglesia, pues están impulsados por el mismo “carácter de universalidad que distingue al Pueblo de Dios”<sup>53</sup>. En la raíz vocacional del hermano hay una experiencia honda de solidaridad que, en esencia, coincide con la de Moisés ante la zarza ardiendo: se descubre a sí mismo como los ojos, los oídos y el corazón de Dios, del Dios que *ve la opresión de su pueblo, oye su clamor, siente sus angustias y baja a liberarlo*. En esa experiencia íntima el hermano escucha la llamada: “*Anda, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo...*” (cf. *Ex 3,7-10*). Por eso, la dimensión de comunión está

íntimamente ligada en el hermano a una fina sensibilidad por todo lo que afecta a los más pequeños del pueblo, a los oprimidos por las diversas formas de injusticia, a los abandonados al margen de la historia y del progreso, a los que, en definitiva, tienen menos posibilidades de experimentar la buena nueva del amor de Dios en sus vidas.

### **Una memoria viva para la conciencia eclesial**

7. El primer ministerio que los hermanos desarrollan en la Iglesia en cuanto religiosos, es el de “mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio” y “la exigencia de responder con la santidad de la vida al amor de Dios derramado en los corazones por el Espíritu Santo (cf. *Rm 5, 5*)”<sup>54</sup>. Todos los demás servicios y ministerios que las diversas formas de vida consagrada realizan, adquieren sentido y razón de ser a partir de este primer ministerio.

Esta función de signo, reconocida por el Concilio Vaticano II<sup>55</sup> y subrayada repetidamente en la Exhortación Apostólica *Vita consecrata*<sup>56</sup>, es esencial a la vida consagrada y determina su orientación: no existe “para sí”, sino en función de la comunidad eclesial.

La propia consagración religiosa, que presenta la vida como un testimonio de *lo absoluto de Dios*<sup>57</sup>, o también, como un proceso de apertura a Dios y a los hombres a la luz del Evangelio, es una llamada a todos los fieles, una invitación a que cada uno

---

<sup>52</sup> VC 41; 46.

<sup>53</sup> LG 13.

<sup>54</sup> VC 33; Cf 39.

<sup>55</sup> Cf LG 44.

<sup>56</sup> Cf VC 84. Cf *ib* 15; 21; 25; 26; 27; 42; 51; 80; 92; 105.

<sup>57</sup> VC 39.

plantee su vida como un camino de radicalidad, en las diferentes situaciones y estados de vida, abiertos a los dones y las invitaciones del Espíritu<sup>58</sup>.

*La fraternidad de los religiosos hermanos es un estímulo para toda la Iglesia, porque hace presente el valor evangélico de las relaciones fraternas, horizontales, frente a la tentación de dominar, de la búsqueda del primer puesto, del ejercicio de la autoridad como poder: “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra; porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno solo es vuestro preceptor: Cristo.” (Mt 23, 8-10).*

La comunión se propone hoy a la Iglesia como un *desafío* especialmente apremiante en el nuevo milenio, para que ella se transforme en *la casa y la escuela de la comunión*<sup>59</sup>. Los hermanos son

habitantes activos en esa casa y son a la vez alumnos y maestros en esa escuela; por eso hacen suya la urgencia que la Iglesia se plantea a sí misma, de desplegar y promover *la espiritualidad de la comunión*<sup>60</sup>.

### **Redescubriendo el tesoro común**

8. Las relaciones en la Iglesia-Comunión se establecen a partir de lo que une, no de lo que separa. Hoy estamos recuperando la conciencia del patrimonio común, que es como un gran tesoro que nos iguala a todos en lo fundamental, en la común dignidad y en los comunes deberes y derechos. Todos nacemos a la fe y entramos en la Iglesia como bautizados; en ese marco común somos llamados a ejercer determinadas funciones al servicio de la comunidad eclesial, a vivir de forma significativa o profética determinadas características que pertenecen al patrimonio común, y a servir a la misión común desde carismas y ministerios concretos.

Esta dimensión fundamental nunca nos abandona: los *cristianos laicos* la viven de forma explícita en una forma de vida laical; para los llamados al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada, es una referencia constante que les recuerda para quién y en función de quién ejercen su ministerio y son signos de consagración.

El religioso hermano, enraizado en la base del pueblo cristiano, recibe el testimonio y la ayuda de las demás vocaciones. Es llamado a vivir íntegramente y de modo profético el misterio de Cristo y de la Iglesia desde la vida consagrada, como servicio a todo el Pueblo de Dios<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> Cf VC 84-94.

<sup>59</sup> *Novo millennio ineunte*, 43.

<sup>60</sup> Cf VC 46, 51; NMI43.

<sup>61</sup> Cf VC 33.

## **Un proyecto renovado**

9. La vida consagrada, predominantemente laical en sus comienzos, se propone como objetivo fundamental el cultivo del tesoro colectivo cristiano, que está contenido y se entrega a todos los fieles en los sacramentos de la iniciación. Ciertamente lo hace de un modo especial: buscando la *conformación* con Cristo en su manera de vivir, virgen, pobre y obediente<sup>62</sup>.

En el transcurso de los siglos, este objetivo, tan esencial a la vida consagrada, ha corrido el riesgo de pasar a segundo término en la vida religiosa masculina, en favor de las funciones sacerdotales. Para devolverle su espacio propio, el Espíritu suscitó a lo largo de la historia fundadores que pusieron el acento en el carácter laical de sus fundaciones. Así sucedió en la vida monacal con

san Benito, cuyos monjes *hermanos* fueron los evangelizadores de Europa; y en la forma de vida propuesta por san Francisco, cuyos Frailes Menores nacieron como una Orden mixta, formada por laicos y sacerdotes. Tanto en este caso como en el anterior, la tendencia al sacerdocio se impuso posteriormente sobre el primer proyecto fundacional.

En los siglos XVI y XVII, nuevos fundadores renuevan el proyecto de la vida religiosa laical, esta vez desarrollándola en comunidades que, además de dar una especial relevancia a la relación fraterna entre sus miembros, se identifican y configuran con la necesidad social a la que pretenden dar respuesta. Fijan incluso la vivienda en el interior o el entorno de esa situación existencial de necesidad, pobreza o debilidad que evangelizan; y así, desde dentro, encarnan y hacen visible el amor salvador de Dios. Estas fraternidades consagradas dan lugar a los Institutos religiosos de Hermanos y de Hermanas. San Juan de Dios y san Juan Bautista de la Salle, como también santa Ángela de Méricis y Mary Ward por el lado femenino, entre otros, fueron instrumentos del Espíritu para introducir en la Iglesia estos nuevos carismas fundacionales que se multiplicarán especialmente durante el siglo XIX.

Los religiosos hermanos, ya sea en las comunidades monacales, en los conventos, en las comunidades de vida apostólica o en las fraternidades que acabamos de describir, han resaltado la dignidad de los servicios y ministerios relacionados con las múltiples necesidades del ser humano. Los viven desde la unidad de su consagración, haciendo de ellos el lugar central de su experiencia de Dios y realizándolos con calidad y competencia.

## **Desarrollando el tesoro común**

10. El contexto actual de la Iglesia-Comunión facilita y reclama más que nunca el que los religiosos hermanos reafirmen con renovado empeño esta función original de la vida consagrada, no solo hacia el interior de sus comunidades sino hacia toda la

---

<sup>62</sup> CfVC 16; 31.

comunidad eclesial. Lo hacen como fermento en la masa, como *guías expertos de vida espiritual*<sup>63</sup> que acompañan fraternalmente a otros creyentes y les ayudan a descubrir las riquezas de la herencia cristiana, o simplemente como hermanos que comparten sus propios descubrimientos con otros hermanos para beneficio mutuo. Resaltemos algunos aspectos de ese tesoro común que los religiosos hermanos se comprometen a desarrollar:

- *Vida sacramental.* La consagración religiosa hunde sus raíces en el bautismo y en los demás sacramentos de la iniciación. Desde ellos, el hermano vive el impulso filial hacia el Padre, celebra la vida nueva que ha recibido del Señor Resucitado, se siente incorporado a Jesucristo Sacerdote, Profeta y Rey, y se deja guiar por el Espíritu Santo.
- *Pertenencia al Pueblo de Dios.* El hermano afirma su pertenencia al pueblo de los creyentes, insertándose de buen grado en la Iglesia local y en sus estructuras de comunión y de apostolado, en conformidad con el propio carisma. Y afirma también su pertenencia a toda la humanidad, con quien se solidariza en todas sus necesidades, y especialmente con sus miembros más débiles y vulnerables: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren... No hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”<sup>64</sup>.
- *Integración personal de laicidad y sacralidad.* El hermano une ambas facetas en su propia persona. Rescata así la unidad entre lo profano y lo sagrado, unidad que se hace más evidente desde la encarnación humana del Hijo de Dios.
- *Signo de la presencia de Dios en las realidades seculares.* El hermano asume los ministerios eclesiales comunitariamente con sus hermanos de congregación y con otros creyentes que participan en el mismo carisma fundacional. Desde ahí busca y señala a Dios en las realidades seculares de la cultura, la ciencia, la salud humana, el mundo del trabajo, el cuidado de los débiles y desfavorecidos. Y simultáneamente busca y señala al ser humano, hombre y mujer, “todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad”, convencido de que “es la persona humana la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar”<sup>65</sup>.
- *Vida fraterna en comunidad.* El hermano desarrolla la comunión fraterna en la vida en común y la proyecta como su *forma de ser* en sus relaciones fuera de la comunidad. Apoyándose en la experiencia nuclear de su vocación, la de sentirse con Jesús hijo amado del Padre, vive el *mandamiento nuevo* del Señor

---

<sup>63</sup> VC 55.

<sup>64</sup> GS 1.

<sup>65</sup> GS 3.

como eje central de su vida y como compromiso primero de su consagración religiosa.

- *Un carisma compartido.* El hermano se hace consciente de la riqueza contenida en su propio carisma fundacional, para compartirlo con otros creyentes laicos que podrán

vivirlo desde proyectos de vida diferentes<sup>66</sup>. Acepta ser instrumento del Espíritu en la transmisión del carisma y asume su responsabilidad de ser memoria viva del fundador. Así el carisma conserva su riqueza evangélica en orden a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a la satisfacción de las necesidades del mundo<sup>67</sup>.

Mientras desarrolla el tesoro común, el religioso hermano se siente hermano del pueblo cristiano y escucha en su interior la llamada del Señor a su Siervo: “*Te he elegido como alianza del pueblo*” (Is 42,6). Esta llamada da sentido a todo lo que vive y hace, le convierte en profeta en medio de sus hermanos y gracias a ella vive su consagración en una comunidad misionera y evangelizadora.

### **Hermano: una experiencia cristiana de los orígenes**

11. “A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «*En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tenéis unos a otros*» (Jn 13,35)”<sup>68</sup>. El reclamo del Papa Francisco a todo el pueblo cristiano resalta el puesto especial que la fraternidad tiene en el conjunto del tesoro común cristiano. Es la perla que los religiosos hermanos cultivan con especial esmero. De esta forma son, para la comunidad eclesial, memoria profética de su origen y estímulo para retornar a él.

Los Hechos de los Apóstoles presentan la Iglesia naciente como una comunidad de discípulos cuya misión es anunciar la salvación y ser testigos del Resucitado, y cuya fuerza la encuentran en la Palabra, en la fracción del pan, en la oración y en ser hermanos entre sí. Los discípulos son hermanos; este es el signo de que son discípulos de Jesús. Pero son hermanos no tanto por una opción personal sino porque han sido *convocados*. Son reunidos antes de ser enviados.

La fraternidad es fuente de fuerza para la misión. Pero se apoya sobre otra fuerza: el Espíritu Santo. Sobre los hermanos reunidos en oración viene el Espíritu el día de Pentecostés y los lanza a dar testimonio (Hch 2,1ss.). Sobre los hermanos reunidos de nuevo en oración, apoyándose mutuamente tras el apresamiento y liberación de Pedro y Juan, viene el Espíritu y los llena de fuerza para predicar la Palabra de Dios

---

<sup>66</sup> Cf Caminar desde Cristo, 31.

<sup>67</sup> Cf ChL 24.

<sup>68</sup> Papa Francisco, *Evangelii gaudium* 99.



con valentía (*Hch* 4,23ss.). La narración de los Hechos de los Apóstoles nos muestra cómo la comunidad de discípulos se va haciendo consciente progresivamente

de *que fraternidad y misión* se requieren mutuamente, y que ambas se desarrollan por impulso o exigencia del Espíritu. Este es el dinamismo que se establece: el cultivo de la fraternidad crea una mayor conciencia de misión, y el desarrollo de la misión produce fraternidad.

Con renovado empeño el Espíritu Santo rescata y renueva ese mensaje en la Iglesia, especialmente desde el marco de la vida consagrada. Por eso suscita la presencia de religiosos hermanos en el interior de las Congregaciones clericales. Esta presencia es importante, no solo por su contribución a satisfacer las necesidades materiales u otras, sino sobre todo porque en dichas congregaciones ellos son recuerdo permanente de *“la dimensión fundamental de la fraternidad en Cristo”*<sup>69</sup> que todos sus miembros deben construir. Por el mismo motivo, el Espíritu suscita también los Institutos religiosos de Hermanos, juntamente con los de Hermanas: todos ellos evocan permanentemente en la Iglesia el valor supremo de la fraternidad y de la entrega gratuita como expresiones eminentes de comunión.

El nombre de “hermanos” designa positivamente lo que estos religiosos asumen como misión fundamental de su vida: “Estos religiosos están llamados a ser hermanos de Cristo, profundamente unidos a El, *primogénito entre muchos hermanos* (*Rm* 8,29); hermanos entre sí por el amor mutuo y la cooperación al servicio del bien de la Iglesia; hermanos de todo hombre por el testimonio de la caridad de Cristo hacia todos, especialmente hacia los más pequeños, los más necesitados; hermanos para hacer que reine mayor fraternidad en la Iglesia”<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> VC 60.

<sup>70</sup> VC 60, citando el discurso de Juan Pablo II en la Audiencia general del 22 de febrero de 1995.



# 🎯 El anaquel

*Padre maltratado, Dios jamás trata mal  
Acusador que, por amor, se convierte en  
defensor  
(Os 11,1-11)<sup>71</sup>*

**Juan José Bartolomé**

*“Dios no se cansa nunca de perdonar ,  
somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia”.<sup>72</sup>*

A diferencia de Amós o Isaías, Oseas no ha narrado su vocación. No sabemos cuándo ni cómo llegó a ser profeta. Pero, al igual que Jeremías, es un profeta que se ve obligado a prestar su vida personal, su intimidad, a Dios para que El pueda manifestar su propio malestar. Dios usará la vida familiar de Oseas para hacer *visible* su palabra a un pueblo que no quiere *escuchar*. E Israel verá en el drama personal del profeta el alcance de un mensaje que no está oyendo. De hecho, el libro está compuesto, mayoritariamente, por cuanto Dios dice a su pueblo (1,4-5.6.9; 2,4-25; 4,4-9; 10,9-15; 11,1-9; 12,10-11; 13,4-14; 14,5-9). Domina su disgusto (2,4-15; 4,1; 12,3), la amenaza (5,8-9; 13,9-11), el reproche (4,12-14; 5,7-11), la condena (4,7-10.16-19; 9,1-6); al final, prevalece la promesa de una salvación futura, vinculada a la petición de conversión (6,1-3; 10,12; 14,1-8) o no (2,1-3; 2, 16-25; 3,5; 11,8-11).

Destrucción y restauración son las predicciones que dominan la profecía de Oseas. Fue recibida con burla y resentimiento, ignorada por la mayoría. Con la anunciada destrucción el profeta intenta que Israel comprenda su pasado al tiempo que le señala los peligros que anidan en el presente. Trata, además, de hacerle creíble que tiene un futuro (11,9-20), porque Dios se ha prohibido destruir de nuevo a su pueblo y «*se convierte*» (3,5; 14,2-3). Mientras la anunciada destrucción era inminente, la bendición está aún por venir; pero prometida estaba ya comprometida. Y si el juicio y la condena se dirigen contra el pueblo coetáneo al profeta, la prometida restauración se realizará en las futuras generaciones.

<sup>71</sup> Texto inédito para Forum.com.

<sup>72</sup> Francisco, *Evangelii Gaudium* 3.

Nuestro texto pertenece a una más larga exposición (9,10-11,11) en la que se ilustra la permanente infidelidad de Israel a través de la historia. 11,1-11, que permanece aislado en su contexto inmediato (cfr. 10,9-15; 12,1-13,1), se asemeja a la demanda legal que un padre pone contra su hijo rebelde (cfr. Dt 21,18-21; Is 1,2-20). Presenta, en efecto, la querrela de un Dios/Padre que se siente engañado desde un principio (11,2.3.5.7), pero que, inesperadamente, reacciona consagrándose por entero a la salvación de su ingrato hijo/pueblo (11,8-11). El acusador renuncia a hacer valer sus derechos y se convierte en medio de su arenga en defensor a ultranza del acusado. La denuncia ha dado paso al castigo anunciado y éste al perdón ilimitado. Y es que Dios no puede permitirse que su cólera prevalezca sobre su amor, por muy burlado que se sienta: si en algo ha de excederse, será en compasión y ternura (cfr. Lev 26,38-45).

## 1. El texto

11,1-11 es un discurso de Dios, en el que emergen tres partes. En la primera Dios recuerda el pasado, el tiempo del amor primero, en el que se eligió a su hijo por el que se desveló a pesar de su indisciplina (11,1-4). La segunda evoca el presente, donde la amenaza se cierne sobre el pueblo a causa de su rebelión mantenida (11,5-7). En la tercera vuelve Dios a ser protagonista y anuncia un porvenir en el que rehusará actuar con violencia (11,8-11). Incapaz de cambiar un pueblo al que considera su hijo, Dios cambia él mismo para no perderlo: su ser-Dios, su ‘santidad’, le impide obrar como hombre, le obliga a amar a quien no lo ama.

<sup>1</sup> **«Cuando Israel era joven lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.**

<sup>2</sup> Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los *baales*, ofrecían incienso a los ídolos.

<sup>3</sup> **Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba.**

<sup>4</sup> **Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor.**

**Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas.**

**Me incliné hacia él para darle de comer».**

No es la primera vez que Dios recuerda el origen de su relación con Israel (9,10; 10,1.9.11). Aquí recurre al símil que mejor revela sus más íntimos sentimientos, la paternidad electiva. No es un concepto nuevo (2,1; cfr. Dt 14,1; 32,6; Is 1,2-20; 3,9; Jer 3,19.22; 4,22; 31,9.20); pero ahora va ligado a la decisión divina de adoptar un pueblo de esclavos, cuando aún estaba en Egipto (Éx 4,22-23: «*Y dirás al faraón: “Así dice el Señor: Israel es mi hijo primogénito. Yo te digo: Deja salir a mi hijo para que me dé culto. Si te niegas a dejarlo salir, yo daré muerte a tu hijo primogénito”*»). El sentido es obvio: cuando aún no se podía defender, cuando todavía era un crío, Dios lo llamó, lo amó (2,17: «*responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto*»). La liberación de Egipto es aquí vista como ejercicio de amor y predilección para con un indefenso niño: el amor precedió a la elección, el éxodo fue consecuencia de una libre adopción; Dios se hizo padre para poder liberar a su ahijado. Y a él en exclusiva (Am 3,2).

El primer recuerdo digno de mención de la vida de Israel fue el cariño que le demostró su Dios, llamándolo y amándolo. Lógicamente, de un hijo así querido se esperaba agradecimiento y obediencia. Tanto más inaudita fue la llamada primera, tanto más repetidas las siguientes, tanto menos comprensible, e imperdonable, la reacción del hijo elegido: rehusó seguir continuos requerimientos, se negó a realizar el fin para el que había sido salvado («*Deja salir a mi hijo para que me dé culto*») y se puso a adorar a otros dioses. A la omisión – no quiso tener por Padre a Dios ni darle culto – unió la comisión de otro pecado aún mayor: sirvió a otros señores.

El hijo no se comportó como tal: no cultivó la filiación que se le había concedido. No sin cierta ingenuidad, Dios Padre declara no poder entender lo ocurrido, no sabe disimular su sorpresa. El era el padre, quien lo había elegido y amado, quien lo había enseñado a andar, quien le colmó de atenciones (5,13; 6,1; 7,1; cfr. Éx 15,26: «*yo soy el Señor, el que te cura*»). Dios no se siente responsable de la reacción de Israel, pero tampoco la esperaba (Núm 9,18: «*A la orden del Señor partían los hijos de Israel y a la orden del Señor acampaban*»; cfr. Éx 40,36-38). En su incapacidad para entender, queda de manifiesto lo profundamente que le duele el desengaño: no es que su amor de predilección haya sido traicionado, es que ni siquiera ha sido reconocido.

De ahí que reflejen aún más su dolor las palabras que describen los gestos de amor que tuvo con su pueblo. Lo asistió mientras aprendía a andar, lo acarició con ternura cuando lo llevaba en brazos, lo alimentó siempre que pasaba hambre (Éx 16,4-35; Núm 11,4-34).

Hizo siempre de padre bueno; no podía imaginarse tanto injuria.

<sup>5</sup> «Volverán a la tierra de Egipto, Asiria será su rey, ya que rehusaron convertirse.

<sup>6</sup> Se abatirá la espada sobre sus ciudades, aniquilará sus defensas, los devorará por culpa de sus decisiones.

<sup>7</sup> Mi pueblo está sujeto a su apostasía. También claman hacia lo alto, pero el ídolo no puede salvarlos.

Dolido y desengañado, reacciona con dureza. La sentencia es inapelable; el castigo, inevitable: volverán a la esclavitud quienes no quisieron vivir en libertad. Liberados para ser hijos dando culto al Dios-Padre, se sometieron a otros dioses; volverán a la esclavitud que tanto ansían. El nuevo tirano, Asiria (Salmanasar, cfr. 2 Re 17,4, en torno al 727-723 a. C.) será como el viejo, la tierra de Egipto: su servicio a los baales les devolverá a la servidumbre en tierra extranjera. Rehusando volver a Dios, volverán a Egipto/Asiria;. Serán derrotados en batalla; seguirán siendo esclavos de los ídolos, que no luchan por ellos como lo hizo *Yhwh*. Serán presa de sus propias decisiones; por no convertirse, continuarán pidiendo auxilio a ídolos que no los pueden salvar. Su empecinamiento en la apostasía (3,5; 5,4; 6,1; 7,10; 12,7; 14,2.3) deja a Dios con las manos atadas (7,13-14: «*¡Ay de ellos, que huyeron lejos de mí! Serán eliminados por rebelarse contra mí. Yo quería liberarlos...No clamaron a mí de corazón*»). Menospreciado en su amor paterno, Dios no puede evitar a Israel su

desgracia. Según establecía la ley el hijo rebelde debía morir por no someterse a la autoridad paterna (Dt 21,18-21). Es lo que Israel ha elegido, atado como está por su apostasía, incapaz como es de conversión.

**<sup>8</sup> ¿Cómo podría abandonarte, Efraín, entregarte, Israel?  
¿Podría entregarte, como a Admá, tratarte como a Seboyín?  
Mi corazón está perturbado, se conmueven mis entrañas.**

**<sup>9</sup> No actuaré en el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín,  
porque yo soy Dios, y no hombre; santo en medio de vosotros, y no me dejo  
llevar por la ira.**

<sup>10</sup> Marcharán detrás del Señor: como un león rugirá. (Rugirá y temblará la gente de Occidente).

<sup>11</sup> Temblarán como un pájaro al regreso de Egipto, como una paloma, desde la tierra de Asiria.

Yo los haré habitar en sus casas | —oráculo del Señor—.

No ha de pasar desapercibido un cambio en la forma de expresarse Dios: si en 11,1-4, cuando recordaba el inicio de la relación con Israel habló de él en tercera persona, ahora, en 11,8-10, donde se va a comprometer de nuevo con él, se dirige a él, directamente. Tuteándolo le hace saber que renuncia a castigarlo de nuevo. Habló, haciendo memoria, del primer amor en 11,1-4; habla en 11,8-10, conversando, de un amor perpetuo.

Después de ser castigado por su deslealtad (conquistado Israel y exiliado en Asiria), Dios no se resistirá más a su amor. Enfáticamente, en forma de pregunta retórica, afirma que no puede abandonar a quien lo ha abandonado a El; no tiene fuerzas para entregarlo a nadie, aunque se había entregado a otros los dioses. En realidad bien sabía Dios lo que iba a suceder; es más, lo había ya previsto, lo tenía programado: *«El Señor os dispersará entre los pueblos y solo quedaréis unos pocos en las naciones adonde el Señor os conducirá. Allí serviréis a dioses, obra de las manos del hombre, piedra y madera, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Entonces buscarás allí al Señor, tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma. Cuando estés angustiado y te sucedan todas estas cosas, al cabo de los días, volverás al Señor, tu Dios, y escucharás su voz, porque el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo; no te abandonará, ni te destruirá, ni olvidará la alianza que juró a tus padres»* (Dt 4,27-31). No podrá tratar a un hijo, por más pervertido que esté, como trató a las ciudades cananeas, *«arrasadas por la ira y la cólera del Señor»* (Dt 29,22; cfr. Gén 10,19; 14,2-8).

Dios percibe un cambio en su corazón, que lo perturba profundamente; siente una desazón en sus entrañas. Dios reconoce su vulnerabilidad, se lo confiesa a Israel: se siente tocado, afectado, impulsado a mostrar piedad. Nada ha hecho de bueno Israel, es Dios quien no puede ser malo, porque lo ama hasta la conmoción, con entrañable ternura. Porque quiere seguir siendo su Padre, lo necesita como hijo y le urge ganárselo de nuevo. Bien podría destruirlo, hacerlo víctima de su cólera, pero, haciendo una solemne promesa, va a permitir que prevalezca su bondad: *«no volveré*

*a destruir a Efraín*». Aun no tiene asegurada la conversión del hijo, cuando el padre ya certifica la suya. Y lo hace desvelando sus propios pensamientos.

El cambio, inesperado, está motivado. Y la razón es demasiado obvia como para ser cuestionada: Dios no es como uno de nosotros (Núm 23,19), cuyas emociones se dejan llevar por la pasión herida y la necesidad de justa retribución. Se va a dejar tratar mal, para poder tratar mejor. Pero la victoria del amor sobre su cólera se da en el mismo Dios; Israel ni la merece ni la fuerza. No se puede esperar de Él una reacción que cualquier hombre tomaría, y con sobrada razón: vengarse de quien lo desprecia. La santidad – esa separación abismal que media entre Él y el mundo del hombre y de lo creado, el rasgo que lo tipifica como Dios – le prohíbe la ira., y hacer justicia. Después de la destrucción de Samaria (722 a. C.), Efraín no tendrá que temer más desgracias: el pueblo infiel sobrevivirá porque su porvenir está ya asegurado por un Dios que se obstina en perdonarlo.

Y en efecto, con tanta brevedad como contundencia, Dios describe el retorno del pueblo a la tierra como el retorno de Israel a su Dios (cfr. Dt 4,30: «*Cuando estés angustiado y te sucedan todas estas cosas, al cabo de los días, volverás al Señor, tu Dios, y escucharás su voz*»). Volverán a seguir a Dios, quien liderando ese regreso rugirá como león: nadie podrá no escucharle (cfr. Am 1,2; 3,8; Jer 25,30), incluso las demás naciones lo oirán y se atemorizarán. Cuando lo llamó la vez primera, no fue escuchado; ahora a la fuerza lo oirán, y llenos de temor. Siguiendo a Dios regresarán a su hogar, no ya a pié sino ‘volando’, como paloma al palomar. Volver a poseer la tierra perdida, el hogar abandonado, es el culmen de la salvación esperada (2,25: «*Yo la sembraré para mí en el país*»).

Razón de la elección de Israel, motivo de su adopción filial, ha sido el amor gratuito de Dios, todo un Padre (11,1-4). También cuando, desengañado y herido, se siente tentado de abandonar a Israel a su suerte, en manos de los dioses a los que clama (11,5-7). Pero su santidad le impide dejarse ganar por la ira y, conmovido, permitirá que lo venza su compasión. Pasado y porvenir del hijo está fundado en el amor del padre: quien desvela sus sentimientos y su lucha interior para permitir que sobreviva el amor a su cólera.

## **2. La vida**

Para salvar Dios tuvo que hacerse *libremente* Padre. Fue actuando como tal que legitimó su decisión de liberar Israel de Egipto. Y no es que eligiera al mejor de los hijos posibles, pues se fijó en un grupo de quejosos esclavos. Más tarde, cuando tenga que liberar Israel de Asiria y de sus dioses, volverá a sentirse Padre. Dios se impone como Padre cuando impone la libertad a quienes quiere como a hijos; llama a los que ama. Ya que tiene que ejercer de Padre siempre que salva, hace hijos suyos a cuantos salva. Quien no se quiera hijo, no puede saberse salvado. No son los males de los que nos libra el motivo y el contenido de la salvación operada por Dios, sino lo bien que nos quiere. No es por ser malos por lo que Dios quiere salvarnos, sino porque El es un buen Padre. Es Padre, porque salva; es bueno, porque salva a los que



están mal o son malos. Sentirse salvado, pues, es, saberse hijo y saberlo a Él Padre, por malos o alejados que de El estuviéramos. Cuanto más salvados vivamos, mejores hijos suyos seremos. Vivir como hijos de Dios es la forma de experimentar la salvación.

Antes de volver a salvar a Israel, el Dios de Oseas recuerda el afecto que dispensó a Israel, llamándolo por su nombre y amándolo sin previo mérito. Al parecer, Dios siente nostalgia de esa remota época, en la que apadrinó unos siervos del faraón para convertirlos en sus propios hijos. Resulta más que comprensible que se sienta herido, despechado, al constatar la respuesta que su pueblo/hijo le está dando: cuanto más lo llama, más se le aleja; cuanto más lo acaricia, menos lo aprecian; lo acerca a su mejilla, y sigue indiferente; Israel se entrega a otros, mientras su Dios lo tiene en brazos. Dios amó como a un hijo a quien servía a dioses varios. El hijo no se comportó como tal: no cultivó la filiación que se le había concedido. No es casual que recordando la infidelidad del hijo Dios se vea como padre malquerido. No fue la pena que le producía ver la miseria de Israel en Egipto lo que le llevó a liberarlo, sino su paterna ternura. Porque quería – lo necesitaba – ser Padre, Dios adoptó unos esclavos como hijos. No fue Israel quien se mereció tal Padre, fue Dios quien se eligió tales hijos. El error, pues, fue suyo, todo suyo. Como lo era su dolor de amante no correspondido. Por desgracia, este error, y el dolor consiguiente, acompañan a un Dios empeñado en amar a quien no se lo merece. Nosotros, sin ir más lejos.

Y es que no resulta fácil dejarse amar tanto como para parecer que pierde uno la libertad de amar a quien me plazca. Nos es incómodo permitir ser llevados en brazos cuando somos nosotros quienes sentimos la necesidad de abrazar, recibir caricias cuando somos quienes las queremos dar, vivir encadenados a un amor que no hemos provocado cuando, ansiosos, andamos a la búsqueda de a quién encadenarnos. Un amor tan posesivo, un amor no buscado, sofoca mi libertad. Y mientras libre, me libero de Dios, me quedo solo al servicio de dueños que se aprovechan de mí. Hago mía la desventura de Israel. Y sin mí, sin su hijo, hago desventurado a Dios, mi Padre.

Dios Padre no alcanza a entender por qué ha fracasado con quienes tanto ama. Y más que la misma traición, le duele nuestra ingratitud, incapaces como somos de reconocer todo el bien que nos ha hecho. Entristecido, menospreciado su amor de Padre, respeta nuestra decisión..., y nos deja en manos de aquellos que escogimos servir. En nuestra elección está el castigo: nos hemos quedado sin Padre, solo hemos ganado más amos. Miseros, nos hacemos miserables cuando menospreciamos la misericordia divina.

Como a Israel, no nos queda otra salida más que Dios, quien, abandonado, no abandona, ni rechaza solo por haber sido El rechazado. No es está hecho de la misma madera. Para que pueda darse en nosotros un cambio, cambia Él de intención; siente habernos perdido y, dominado por su compasión, se lanza a reconquistarnos. Nada hicimos, sino alejarnos de El; le basta para que quiera ganarnos de nuevo. Ha de sorprendernos, y agradarnos, que le afecten tanto nuestros extravíos. Dios acepta ser



vulnerable, si es el pago de nuestra recuperación. Como un padre, para serlo, necesita de hijos, Dios nos necesita para amarnos; faltándole, nos echa en falta. Reconoce su indigencia, cuando no puede amarnos. Somos, cuando lo dejamos, la causa de sus carencias afectivas. Porque se ha empeñado en querernos vive malquerido.

Insatisfecho por no poder amar, no se revuelve contra nosotros. Vuelve a apostar por quien no lo ama, refrena su despecho y la indignación. Y su 'venganza' es no seguir nuestro ejemplo: no podrá contar con nosotros, pero no será como nosotros. No reacciona como se esperaría, según justicia. Como no puede estar seguro de que retornaremos a El, se compromete, de nuevo, a optar por nosotros. No lo amamos porque somos – demasiado – humanos; nos amará, a pesar de todo, porque es todo un Dios. Justa sería su cólera, pues profunda, estremecedora, es la herida que le produce nuestro desamor. Pero, fiel a sí mismo, persiste en querernos. Permite ser maltratado y responde tratándonos mejor de lo que merecemos. Pecadores, nuestra esperanza no se basa en nuestra natural debilidad ni, mucho menos, en la insignificancia de la ofensa; si podemos albergar una mínima confianza es porque nuestro menospreciado Dios no ha dejará nunca de amarnos..., porque nunca dejará de ser Dios, y no un hombre, Padre, y no un padrastro.

### **3. Mi Dios**

Me llama la atención, Señor, que la infidelidad de tu pueblo te haga recordar los felices momentos en que lo ganaste para Ti, con cariño, y lo ceñiste en tu seno, con ternura. Que sea precisamente la ruptura consumada lo que te devuelva la memoria de días de intimidad pasados juntos. Que nuestro pecado actual despierte en ti la añoranza de tiempos de amistad pasada. Que nos añores, cuando te hemos abandonado. ¿Qué estarás viendo en nosotros para desearnos tanto? ¡Cuánto sientes nuestra falta, cuánto te hacemos falta!

¿Por qué será que nosotros, antes de romper contigo, no recordamos los días felices de mutuo amor? Si siempre tuviéramos presente cuánto y cómo nos has querido, nunca te habiéramos abandonado. Te tiene que doler mucho nuestra veleidad y nuestros olvidos. No me permitas olvidar nuestra pasada amistad y así podré serte fiel. Cuando tenga vivo ante mis ojos, y profundo en mi corazón, el recuerdo de tu ternura, me será más fácil volver a Ti, si te he dejado, quedarme contigo, si me tiente el dejarte. Consérvame a tu lado, en tu corazón, haciéndome recordar lo mucho que me has querido. Te dejo con tanta frecuencia porque apenas te tengo en mi recuerdos.

Vuelve, Señor, a llamarme por mi nombre, a criarme como a un niño y a llevarme entre tus brazos, a amarme con amor de juventud. Si me llamas Tu, no seguiré otras voces. Si tu me cuidas, no andaré yo cuidándome de nadie que no seas Tu. Si tu me tomas en tu regazo, no buscaré hogar ni reposo sino en Ti. Si me ligas a Ti con tu amor, no me enredaré con ningún otro amorcillo, por deseable que se me presente. Si me alzas hasta tus mejillas y siento el calor de tu aliento, me sabré amado

tiernamente. Si te inclinas y me alimentas, no tendré hambre de nada, de nadie, nutrido de tu ternura. Ámame más, y siempre, para que nunca más te deje por nada. Necesito experimentar tu cariño para que no abandones. Te necesito amante, Padre, para ser tu hijo fiel.

Vuelve a ser para mí lo que estás deseando. No me abandones, sólo porque yo ya lo hice. No me entregues a cualquiera sólo porque yo ya te entregué por cualquiera. No te dejes impresionar por mi infidelidad, ni la imites. Tu eres quien me ha elegido como hijo, conociéndome mejor que yo mismo me conozco y entiendo. ¿Por qué me ibas a dejar, si eres quien me ha elegido? No fui yo quien te escogí, por eso tienes que comprender que no te prefiera siempre o que te deseche para obtener cualquier otro bien. No soy yo la razón, ni tengo la fuerza, de mi fidelidad; si Tu no te entregas a mí, Te entregaré por cualquier motivo, en cualquier momento.

Actúa conmigo como lo has hecho siempre, con inmensa ternura. Conmuévase tus entrañas ante mi debilidad. Siéntete vulnerable, lastimado, pero no me lastimes; ya tengo bastante con el deshonor que me causa el pecado. No te entregues a la cólera – justa cólera – sólo porque te entregué tan a menudo. Tu no eres como yo. Por más herido que te sientas, no te dejas dominar por el afán de revancha; eres el Fuerte, el Santo, y yo no soy más que un débil pecador, tan mísero yo como tu misericordioso.

Me necesitas, Señor, me necesitas débil para ser tu fuerte; te hago falta así como soy, enfermizo, para poder curarme. Sin mí, pecador, no serías el Santo, ni serías tan tierno. Hoy acepto de corazón tu empeño en tenerme en tus brazos, de mantenerme en tu corazón. No dejes de quererme, y yo no querré dejarte. Sigue siendo mi amante Padre, para que no deje de ser tu hijo amado.

